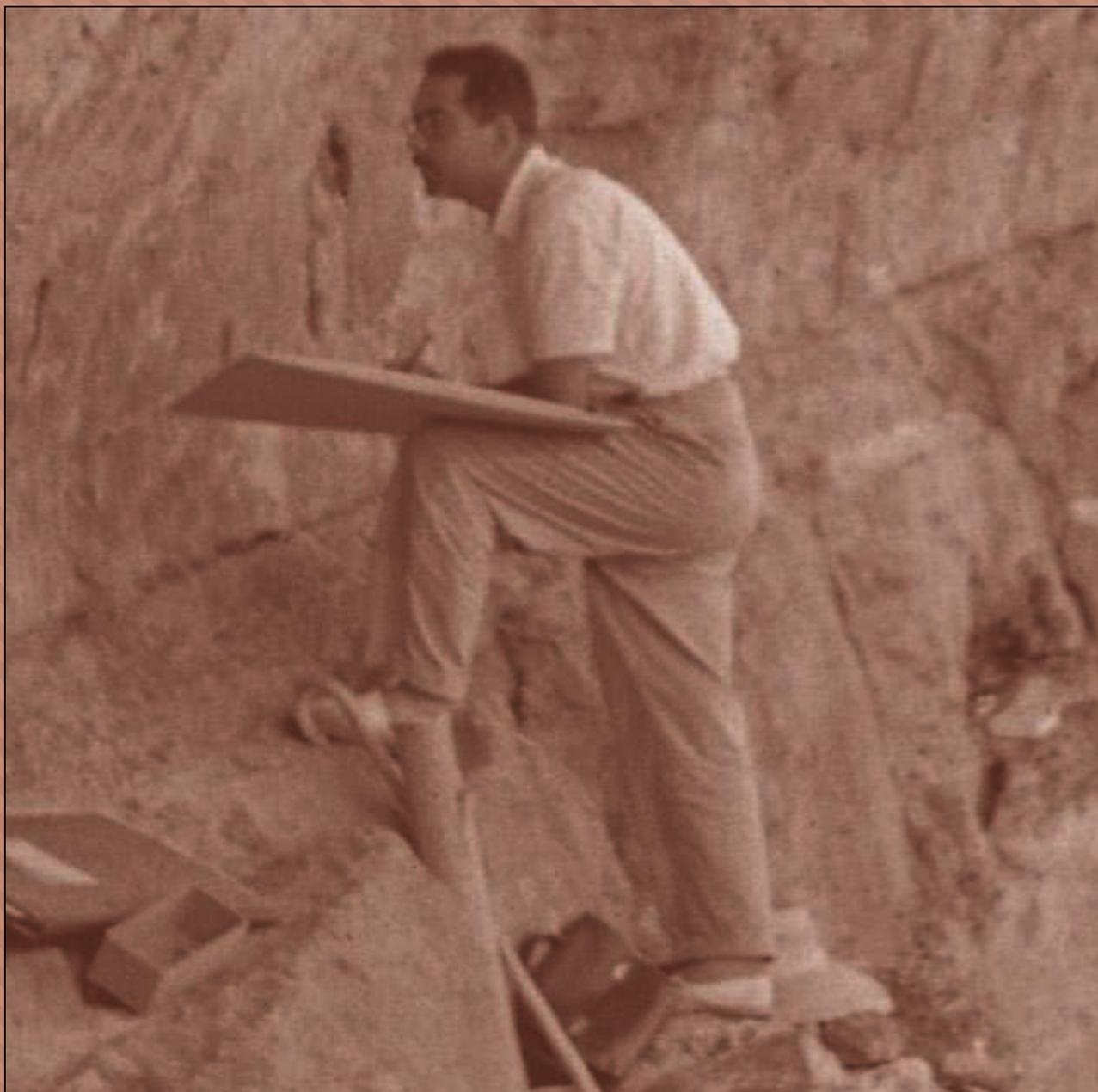


ANEJOS DE

na:ilos

Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología



A2

Diciembre 2014
OVIEDO

Anejos de NAILOS
Número 2
Oviedo, 2014
ISSN 2341-3573

**Asociación de
Profesionales
Independientes de la
Arqueología de
Asturias**

Anejos de
Nailos

Estudios Interdisciplinarios
de Arqueología

**Francisco
Jordá Cerdá**
(1914-2004)

Maestro de Prehistoriadores

David Álvarez-Alonso
José Antonio Fernández de Córdoba Pérez
(coordinadores)

Oviedo. Museo Arqueológico de Asturias
12 y 13 de septiembre, 31 de octubre
y 1 de noviembre de 2014

**La celebración de las jornadas en homenaje a
Francisco Jordá Cerdá (1914-2004)
Maestro de Prehistoriadores
promovidas por APIAA fue posible gracias a la
colaboración de:**

MUSEO | ARQUEOLÓGICO | DE ASTURIAS

EL COMERCIO

Y la edición de las actas ha sido patrocinada por:



**GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS**



Consejo Asesor

Esteban Álvarez Fernández
Universidad de Salamanca

Xurxo Ayán Vila
Universidad del País Vasco

Antonio Blanco González
Universidad de Valladolid

Belén Bengoetxea Rementería
Universidad del País Vasco

Carlos Cañete Jiménez
CCHS-CSIC

Enrique Cerrillo Cuenca
IAM-CSIC

Miriam Cubas Morera
*Universidad de Cantabria.
Sociedad de Estudios Aranzadi*

Ermengol Gassiot Ballbé
*Universitat Autònoma de
Barcelona*

Alfredo González Ruibal
Incipit-CSIC

Francesc Xavier Hernández
Cardona
Universitat de Barcelona

José María Martín Civantos
Universidad de Granada

Iván Muñiz López
*Universidad Nacional de
Educación a Distancia*

Andrew Reynolds
University College London

Joseba Ríos Garaizar
*Centro Nacional de Investigación
sobre la Evolución Humana*

Dídac Román Monroig
Universitat de Barcelona

José Carlos Sánchez Pardo
University College London

Alfonso Vigil-Escalera Guirado
Universidad del País Vasco

Consejo Editorial

David Álvarez-Alonso
*Universidad Nacional de Educación a
Distancia*

Valentín Álvarez Martínez
Arqueólogo

Luis Blanco Vázquez
Arqueólogo

Jesús Fernández Fernández
*Universidad de Oxford / La Ponte-
Ecomuséu*

José Antonio Fernández
de Córdoba Pérez
Arqueólogo

Alejandro García Álvarez-Busto
Universidad de Oviedo

Carlos Marín Suárez
Universidad de la República, Uruguay

Alejandro Sánchez Díaz
Arqueólogo

David González Álvarez
*Secretario
Universidad Complutense de Madrid*

Fructuoso Díaz García
*Director
Fundación Municipal de Cultura de Siero*

ANEJOS DE
naillos

**Estudios
Interdisciplinarios
de Arqueología**

ISSN 2341-3573

C/ Naranjo de Bulnes 2, 2º B
33012, Oviedo
secretario@naillos.org
<http://naillos.org/>

Anejo nº 2 de NAILOS. 2014
© Los autores

Edita:

Asociación de Profesionales
Independientes de la Arqueología
de Asturias (APIAA).
Hotel de Asociaciones Santullano.
Avenida Fernández Ladreda nº 48.
33011. Oviedo.
presidencia@asociacionapiaa.com
www.asociacionapiaa.com

Lugar de edición: Oviedo

Depósito legal: AS 1677-2014



CC BY-NC-ND 4.0 ES

Se permite la reproducción de los artículos, la cita y la utilización de sus contenidos siempre con la mención de la autoría y de la procedencia.

Anejos de NAILOS publica de forma monográfica y seriada trabajos sobre Arqueología y otras materias asociadas. Complementa las actividades de difusión científica que realiza APIAA

Bases de datos que indizan la revista | Bielefeld Academic Search Engine (BASE); Biblioteca Nacional de España; CARHUS Plus+ 2014; Catàleg Col·lectiu de les Universitats de Catalunya (CCUC); Catalogo Italiano dei Periodici (ACNP); CiteFactor; Copac; Dialnet; Directory of Open Access Journals (DOAJ); Dulcinea; Elektronische Zeitschriftenbibliothek (EZB); Geoscience e-Journals; Interclassica; MIAR; NewJour; REBIUN; Regesta Imperii (RI); Sherpa/Romeo; Ulrich's-ProQuest; Worldcat; ZDB-network



01

La labor arqueológica de F. Jordá Cerdá en Asturias: del Paleolítico inferior al Tardiglacial

F. Jordá Cerdá's archaeological works in Asturias: From Lower Palaeolithic to Lateglacial

David Álvarez-Alonso

Recibido: 25-11-2014 | Revisado: 1-12-2014 | Aceptado: 4-12-2014

Resumen

Rendimos un homenaje a Francisco Jordá Cerdá, tratando de exponer su trabajo en relación con el Paleolítico asturiano, a la vez que efectuamos una primera valoración crítica sobre su obra e influencia en el paleolítico regional. No es por tanto una síntesis de su labor ni un estudio de su figura y su producción científica, trabajos que, sin duda, deberán ser abordados en un futuro próximo, pues su figura lo merece. Por esta razón solo aspiramos a sentar una mínima base para el análisis historiográfico que desde nuestra región deberá afrontarse en un futuro a la hora de revisar la historia de la arqueología llevada a cabo en Asturias, y de analizar la evolución de la investigación paleolítica cantábrica en el siglo XX, trabajo que solo ha sido llevado a cabo de manera aislada, centrándose en cuestiones o aspectos locales. A pesar de que su labor arqueológica fue intensa e ingente, hemos optado por centrarnos únicamente en las cuestiones relativas a la caracterización cronocultural del Paleolítico regional y al estudio de sus yacimientos y materiales, objeto principal de nuestro trabajo.

Palabras clave: Historiografía; Prehistoria; Paleolítico; Musteriense; Auriñaciense; Solutrense; Magdalenense; Servicio de Investigaciones Arqueológicas –SIA–

Abstract

We pay homage to Francisco Jordá Cerdá, trying to show his work in relation to the Palaeolithic of Asturias. At the same time, we are doing a first review about his life's work and its influence on the regional Palaeolithic. Thus, this is not a summary of his task, figure or scientific production, works which should be made in the next future, because he deserves it. For this reason, we only aspire to set a starting point for the historiographical analysis that should be faced in future times from our region, when reviewing the history of Archaeology carried out in Asturias, and analyzing the evolution of the Cantabrian Palaeolithic research in the XXth century, work that was only conducted in an isolated manner, focusing in local aspects or issues. Despite his ar-

David Álvarez-Alonso: Departamento de Prehistoria y Arqueología, UNED-Asturias | dalvarez@gijon.uned.es

chaological work was intense and enormous, we opted to focus only on the issues related with the chrono-cultural characterization of the regional Palaeolithic and the study of its sites and materials, primary object of our work..

Keywords: Historiography; Prehistory; Palaeolithic; Mousterian; Aurignacian; Solutrean; Magdalenian; SIA

1. Introducción

En 2014 asistimos a una doble efeméride, el centenario del nacimiento de Francisco Jordá Cerdá (Alcoi, 1914-Madrid, 2004) y el décimo aniversario de su muerte. Jordá es, junto al conde de la Vega del Sella, la figura más destacada, importante y trascendente de la historia de la arqueología asturiana en general, y del Paleolítico en particular. Podemos, incluso, afirmar que su importancia va más allá de su propia figura y de su amplio trabajo, ya que a diferencia de Vega del Sella desarrolló un importante magisterio que se manifiesta en el elevado número de discípulos que, sobre todo desde la década de 1970, se han situado en lugares destacados de la investigación prehistórica española. No obstante, hay que matizar que este magisterio realmente se materializó y dio sus frutos en la cátedra de Salamanca, puesto que de su etapa en Asturias, a pesar de contar con varios colaboradores, apenas hubo continuidad directa de su herencia arqueológica, a excepción tal vez de M. Mallo Viesca.

Jordá se inicia en el mundo de la Prehistoria durante la década de 1930, en el Servicio de Investigación Prehistórica –SIP– de la Diputación de Valencia, donde tiene oportunidad de colaborar brevemente con Luis Pericot. Tras finalizar sus estudios de Filosofía y Letras en Valencia, en 1936, justo en el momento que da comienzo la guerra civil, verá truncada su carrera durante siete años. Durante este tiempo participa activamente en la contienda, en el bando republicano, cayendo prisionero y pasando por distintas cárceles hasta recalar en el Penal de Burgos en 1939. En 1943, tras lograr la libertad, intenta reintegrarse a la vida civil y académica volviendo a colaborar con el SIP y pasando no pocas necesidades, que le llevan a estar pluriempleado y a rodar de un lugar a otro en busca de una estabilidad laboral y económica que no alcanza en esta década, debido en buena parte al estigma que supone su pasado republicano (Jordá Pardo 2006-2007). En este periodo empieza una fructífera colaboración con su maestro, Luis Pericot, en los trabajos de campo que este lleva a cabo en Valencia. F. Jordá, años más tarde recordará en numerosas ocasiones que él es discípulo de Pericot, pero no un discípulo académico, ya que aprendió de su maestro fuera de las aulas, en las intensas y fructíferas jornadas del trabajo de campo.

Cuando llegué a la Universidad de Valencia, el Prof. Pericot acababa de ser trasladado a la de Barcelona, y aunque comencé a frecuentar el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia en época temprana, no tuve ocasión de trabar conocimiento directo con el maestro hasta

los azarosos días de nuestra guerra civil. Pero este fue un contacto fugaz y sin consecuencias y todavía tuvieron que transcurrir varios años para que nuestros caminos coincidiesen y nos llevasen en el verano de 1945, de la mano del S.I.P. a la cueva de La Cocina. Allí, frente a uno de los más importantes yacimientos de nuestra Prehistoria, escuché la primera lección de mi maestro (Jordá *et al.* 1970:37-38).

En los duros años 40 del pasado siglo, la investigación arqueológica estaba muy politizada, gestándose importantes núcleos de poder (y presión) ante el vacío dejado por una generación que, o bien cesó en su actividad (Conde de la Vega del Sella), o bien se vio abocada al exilio (H. Obermaier, P. Bosch Gimpera) o bien directamente fueron purgados o asesinados (Gracia Alonso 2009). El hueco sería ocupado, entre otros, por dos de las figuras emergentes del comienzo del nuevo régimen: J. Martínez Santa-Olalla desde Madrid (en la Universidad Central y al frente de la Comisaría General de Excavaciones) y M. Almagro Basch desde Barcelona (en la Universidad de Barcelona y el Museo Arqueológico) que tuvieron una fuerte rivalidad durante los primeros años de la dictadura. Ante este panorama, F. Jordá, con el único apoyo de su maestro, fue saliendo adelante, manteniendo las necesarias relaciones que implicaban estar a bien con el poder establecido, pero manteniendo siempre las distancias y una cierta independencia, que le granjeó no pocos quebraderos de cabeza (Díaz García en prensa).

A todo esto, a finales de la década de 1940 se produce el comienzo de una cierta relajación del régimen, tras los primeros años de dura represión que dejaron ya poco que purgar, y una vez consumada la derrota del Eje en la Segunda Guerra Mundial. Esta situación motivó la toma de nuevas posturas en el interior de cara a un nuevo posicionamiento de España en el panorama socio-económico y político que se estaba empezando a crear. De esta forma, nuevas generaciones con posturas no más moderadas, pero sí menos drásticas, fueron ocupando los cargos relevantes del régimen, ante el debilitamiento del «ala dura». Cuando las cosas ya no pueden ir a peor, solo se puede mejorar, aunque sea tímidamente, y en este momento a F. Jordá, al que podemos considerar un auténtico superviviente que trata de centrarse en la investigación prehistórica y en su tesis doctoral como un modo de salir adelante, se le ofrece la posibilidad de hacerse cargo de la creación de un servicio arqueológico en Asturias, similar a los existentes desde antes de la guerra civil en Valencia y Barcelona. Buen conocedor del SIP y con el apoyo de L. Pericot, persona que ha sabido ganarse un prestigio y una posición preeminente dentro del nuevo panorama académico español, Jordá estará a la espera de que se materialice tal posibilidad, mientras continúa su periplo (Valencia, Madrid, Barcelona, Murcia...) en busca de una estabilidad laboral que parece resistírsele (Adán 2001; Díaz García en prensa).



1953. Santillana del Mar. En el extremo de la izquierda Eduardo Ripoll Perelló; le sigue Juan Maluquer de Motes. En el centro de la imagen (atrás) Francisco Jordá Cerdá y delante (con los brazos cruzados) Luis Pericot. La sexta por la derecha, con falda blanca, Ana María Muñoz Amilibia. Archivo F. J. C. Foto A. Muñoz.



1954. Eduardo Ripoll Perelló, Francisco Jordá Cerdá y José Manuel Gómez-Tabanera. Archivo F. J. C.

1956. Rouffignac. El propietario de la cueva, Francisco Jordá y Martín Almagro Basch. Archivo F. J. C.



2. F. Jordá Cerdá y Asturias: La actividad investigadora y la gestión del Patrimonio

Finalmente, F. Jordá llegará a Asturias tras aprobar un concurso-oposición, aunque parece que era la persona elegida desde hacía tiempo para este cometido por parte de las autoridades asturianas. El Instituto de Estudios Asturianos –IDEA– congrega a las prominentes autoridades locales de aquel momento, en buena parte herederos de la Comisión Provincial de Monumentos, organizados en torno a la figura moderada de Juan Uría, de cuya mano llega Jordá a Asturias, uniéndoles una gran amistad (Jordá Pardo 2006-2007). Tras los años dorados que supuso la investigación arqueológica previa a la guerra civil –excavaciones amparadas por la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (CIPP) de la Junta para la Ampliación de Estudios o la propia Comisión de Monumentos– las autoridades asturianas consideran que se debe reactivar la investigación arqueológica, entre otras cosas porque también se ve necesario la revalorización y conservación del patrimonio asturiano. Tal vez pesa más esta última visión en este momento, que la propia y pura investigación. No obstante, y sea cual sea el objetivo, el caso es que F. Jordá termina llegando a Asturias en 1952, teniendo que vivir aún a esas alturas con el estigma de su pasado, ya que no cesan los comentarios, las zancadillas y las denuncias por este hecho. De este modo, F. Jordá tendrá la doble responsabilidad de desarrollar una labor impecable en lo científico y en el impulso y desarrollo del patrimonio, pero también de demostrar que su conducta y su trabajo son intachables. Esta circunstancia explica, tal vez, muchas de las actitudes y posturas que adopta durante su estancia en Asturias, integrándose plenamente en la vida civil de la región; prueba de lo cual es su ingreso temprano en el IDEA (Adán 2001).

Desde su llegada, la labor de F. Jordá Cerdá en Asturias se centra fundamentalmente en dos vertientes: la investigación, que será sin duda su faceta más importante –al menos la que más repercusión ha tenido–, y la gestión del patrimonio como responsable del Museo Arqueológico y de los yacimientos visitables de la provincia. Esta última será su actividad profesional principal durante la década que pasa en Asturias, complementada con la docencia. Una vez que se traslada a Salamanca no abandonará la investigación en Asturias, a la que se dedicará con distinta intensidad y en distintos campos, a lo largo de su vida. De este modo, podemos decir que mientras su labor académica y de gestión en Asturias se limitó a estos primeros años del Servicio de Investigaciones Arqueológicas -SIA-, su actividad investigadora en la región se inicia en 1952 y se prolonga hasta el final de su vida académica, ya en la década de 1980. En resumen, una vez llegado a Oviedo, dedicó más de treinta años a la investigación prehistórica de la región, abarcando distintos temas (Paleolítico, Megalitismo, Edad del hierro) y permaneciendo estrechamente vinculado a Asturias hasta el final de su vida. Por todo ello, podemos decir sin miedo a equivocarnos que,

F. Jordá Cerdá es la figura más relevante y que más influencia ha ejercido en la arqueología asturiana de la segunda mitad del siglo XX.

2.1. Los años del SIA y el Museo Arqueológico de Oviedo

La etapa del SIA ha sido analizada en profundidad en anteriores trabajos, debiendo remitirnos necesariamente al estudio de la documentación de este organismo realizado por G. Adán (2001), que a su vez constituye el primer análisis historiográfico sobre la actividad de F. Jordá en Asturias.

Cuando F. Jordá llega a Oviedo, viene de otro ámbito regional, pero con una amplia experiencia en arqueología prehistórica, especialmente en Paleolítico. Ha excavado Musteriense, Solutrense y Magdaleniense en el Levante, en cuevas como La Cocina, Les Mallaetes o Cova Negra, además de haber abordado estudios de arte rupestre (ver Aura Tortosa en esta misma obra). Su experiencia en el SIP le avala, y la elección para la dirección del SIA demostró ser acertada. Así, llega a la región en 1952 como jefe del Servicio Provincial de Investigaciones Arqueológicas, siendo nombrado en 1953 director del Museo Arqueológico de Oviedo. Una vez instalado en Oviedo, también ejercerá desde 1953 como profesor adjunto de Historia del Arte en la Universidad, y desde 1960 como profesor adjunto de Enseñanza Media en el Instituto Femenino de Oviedo, hoy «IES Aramo», hasta el año 1962 (Adán 2001; Díaz García en prensa; Jordá Pardo 2006-2007). Al poco de instalarse en Oviedo logró doctorarse, después de muchos años de incertidumbre y dificultades académicas y profesionales, con la tesis *El Solutrense de España y sus problemas* leída en 1954 en la Universidad Central de Madrid y dirigida por su maestro, Luis Pericot. Esta tesis fue publicada en 1955 por la Diputación Provincial de Oviedo, siendo la primera tesis doctoral sobre Paleolítico superior leída en la Universidad española (Díaz García en prensa).

Durante este periodo desarrolla una intensa actividad arqueológica que no solo se limita al Paleolítico. Además, y antes incluso de llevar a cabo varias campañas de excavación, desde el momento en que llega al museo se pone a revisar algunas de las colecciones más destacadas, en su mayor parte procedentes de los trabajos de Vega del Sella, al tiempo que también realiza estudios de arte parietal, una de sus principales líneas de investigación (Jordá 1976:21). Fruto de estas revisiones son sus primeros trabajos publicados sobre materiales del museo, como los procedentes de la cueva de Sofoxó y Balmori (Jordá 1952), el estudio de Trescalabres, parte de su tesis doctoral (Jordá 1953), o los materiales musterienenses de la cueva del Forno (Jordá 1955a).

Puesto que su llegada a Asturias coincide con el tramo final de su tesis doctoral, su interés por el Solutrense le lleva, tras estudiar diversos materiales en el museo y atender a las exigencias de su cargo al frente del SIA, a desplazarse a la zona de La Riera (Posada de Llanes) donde se localiza un importante núcleo de cuevas. Jordá había estado revisando los materiales de Vega del Sella procedentes de algunas cuevas de la zona como Cueto de la Mina y Trescalabres,

donde él se plantea una incógnita a resolver, en torno a la caracterización del inicio del Solutrense en la región: la existencia del debatido y problemático Protosolutrense. Este periodo había sido inicialmente identificado en esta cueva por Vega del Sella, que cambia posteriormente de criterio con respecto a este tema. Por esta razón, esta cuestión le lleva tal vez a interesarse por Cueto de la Mina, lo cual queda reflejado en la siguiente reflexión:

Este problemático Protosolutrense de que hablamos, había sido señalado por el Conde de la Vega del Sella en Cueto de la Mina (Posada, Llanes), pero posteriormente el mismo autor rectificó esta clasificación porque, según dice «por este yacimiento han desfilado con posterioridad (a su excavación) numerosos investigadores que, en su deseo de llevar algún recuerdo de su expedición, han sido autorizados para efectuar algunos esarbes en los niveles conservados en el gran trozo del yacimiento y reservado para testigo, y en estas someras excavaciones se han hallado en numerosas ocasiones puntas de muesca típica solutrense en el nivel que en tiempo de la publicación consideraba como perteneciente al Solutrense inferior. Por tanto resulta que todo el estrato Solutrense de Cueto de la Mina pertenece al Solutrense superior». Rectificación, que si demuestra la alteza de miras de quien la hizo, aceptando como buenos los resultados parciales de unos esarbes, tendría que ser demostrada en una nueva excavación (Jordá 1953:56).

Movido por su interés por el Solutrense y con la intención de estudiar *in situ* Cueto de la Mina, Jordá se topará con la cueva de Bricia, situada a escasos metros de la primera y de la que no tenía ninguna noticia. De este modo, sus primeras excavaciones las llevará a cabo en las cuevas de Bricia, el Cueto de Lledías y Cueto de la Mina en 1953, excavando también en esta última en una nueva campaña en 1960, ya que la primera solo supuso una limpieza del corte de la antigua excavación de Vega del Sella (Jordá 1954, 1976:21; de la Rasilla 1990).

Su excavación en Bricia, cueva que había excavado previamente el Conde –y a la que este denominó Cueva Rodríguez (Márquez 1974)– incorpora una nueva estratigrafía para el Magdaleniense superior en Asturias, en un yacimiento que además aportó un nivel superior mesolítico con restos de conchero. Jordá reconoció una excavación previa, pero no la identificó con ningún trabajo concreto, ya que Vega del Sella no la había llegado a publicar. Esta excavación es el primer trabajo en el que colabora con el geólogo N. Llopis Lladó, quien realiza una interpretación de la génesis del depósito sedimentario, cuyos resultados incorpora Jordá a su publicación (Álvarez Alonso 2004, 2010; Jordá 1954). En concreto, F. Jordá dice lo siguiente en referencia a la cueva de Bricia:

Como ésta ofrecía curiosos aspectos que escapaban a una comprensión puramente arqueológica, requerí la ayuda del Dr. Llopis Lladó, el cual me ha facilitado los datos que a continuación expongo y durante la visita que realizó a la cueva puso de relieve una serie de problemas

que nos hizo ver cuán necesaria es la colaboración en nuestros estudios de los geólogos, y en general de los naturalistas (Jordá 1954:174).

Sin duda, la idea de interdisciplinaridad y de considerar a la arqueología como una ciencia aplicada que integra a varios especialistas de distintas disciplinas, parece estar presente desde el primer instante de su estancia en Asturias.

Este mismo año de 1953, también realiza prospecciones en la cueva de La Loja (El Mazo, Panes) y junto con Julivert y Llopis Lladó también visita Candamo. En 1954 y 1955 el ritmo desciende con respecto a 1953, ya que el presupuesto del SIA se reduce y Jordá se centra también en la finalización de su tesis doctoral (Adán 2001; Jordá 1955b). No obstante, en 1954, estudia el arte de El Pindal con M. Berenguer y realiza un sondeo a la entrada de la cueva, a la que volverá en 1957 a realizar obras de acondicionamiento, durante las cuales encuentra un canto pintado de cronología aziliense (Jordá 1957b; Jordá y Magín 1954). En esta cueva se centra fundamentalmente en el estudio de su arte rupestre, constatando la ausencia de un depósito arqueológico o espacio de hábitat conservado, ya que únicamente tras sus trabajos se apunta la posibilidad de la existencia de un horizonte asturiense, otro aziliense y tal vez un Magdalenense indeterminado (Álvarez Fernández et al. 2015).

En 1955 excava en el covacho de la Peña de San Román de Candamo, y entre 1956 y 1958 en la cueva de La Lloseta, tras ser avisado por J. M^a. Fernández Buelta del hallazgo de materiales en su interior (Jordá 1958:18). En 1956 descubre el arte de Les Pedroses en la que realiza algunos sondeos y que por distintas cuestiones no llegará nunca a publicar debidamente (Jordá Cerdá y Mallo 2014; Jordá Pardo 2014). En el año 1957 expone su opinión sobre la falsificación de la cueva del Cueto Lledías (Jordá 1956:405). Este tema lo tuvo que abordar durante su etapa en Asturias y le llevó también a realizar una excavación en la cueva, en 1953, para verificar las características del yacimiento arqueológico (Jordá 1956). En el año 1957 publica el *Mapa del Cuaternario de Asturias* a raíz del Congreso de la *International Union for Quaternary Science –INQUA–* celebrado en Oviedo (Llopis y Jordá 1957) y recoge los primeros materiales en Cova Rosa, que excavará en 1959, año en el que también realiza la excavación de la cueva de El Cierro. En 1960 excavará de nuevo en Cueto de la Mina, centrándose en una limpieza del yacimiento y en la realización de un pequeño sondeo.

En estos años, además de su intensa labor investigadora, Jordá se centró en mejorar la exposición permanente del Museo Arqueológico, encargando nuevas museografías y renovando las vitrinas, además de prestar especial atención a los más importantes yacimientos visitables de la región, entre los que por aquel entonces se encontraban las cuevas de El Pindal y La Peña de Candamo. En este último aspecto, en 1954 llevó a cabo la instalación eléctrica de El Pindal, La Peña de Candamo y El Buxu. La introducción de iluminación artificial en El Pindal le permite realizar un estudio mucho más exhaustivo, que llevará al descubrimiento de nuevas figuras (Jordá y Magín 1954). Estas obras de mejora

están relacionadas con el evento científico más importante para Asturias en estos años vinculado con la Prehistoria, la celebración en Madrid en 1954 del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, que dirigió Luis Pericot y que conllevó la realización de excursiones a yacimientos de la región. Concretamente el 1 de mayo se visitaron las cuevas de El Pindal y El Buxu, y el 2 de mayo la cueva de Candamo, donde se celebró un acto con autoridades locales, en el transcurso del cual se discutieron los problemas del arte rupestre (Beltrán 1955). Tres años más tarde, se celebró también en Madrid el V Congreso Internacional para el Estudio del Cuaternario –INQUA–, del que F. Jordá formó parte del comité organizador junto a N. Llopis Lladó, destacando de este congreso en especial, las excursiones realizadas a yacimientos de Asturias (Hernández Pacheco *et al.* 1957).

En su labor de difusión, realizó distintas publicaciones de guías, donde destacan una sobre el Museo y distintas publicaciones monográficas editadas por el SIA (Adán 2001:215) entre las que cabe mencionar el homenaje al Conde de la Vega del Sella (VV. AA. 1956) o el libro de excursiones con motivo del congreso de la INQUA (Hernández Pacheco *et al.* 1957). En 1960 publicará también una nueva guía de La Peña de Candamo (Jordá 1960b) actualizando el discurso y las fotografías, aunque manteniendo los dibujos de E. Hernández Pacheco.

En esta etapa asturiana contó con varios colaboradores, entre los cuales sobresalen Elías García Domínguez, Carlos María de Luis o Jesús Aguadé Nieto, todos ellos alumnos de F. Jordá en la Universidad de Oviedo, a los que por supuesto se les debe sumar Manuel Mallo, su colaborador más estrecho en Asturias, y Antonio Álvarez Alonso, capataz del SIA y de los trabajos arqueológicos que en esta época llevó a cabo Jordá. Antonio Álvarez, Antón, es referido en los diarios de todas las excavaciones que Jordá lleva a cabo en este periodo. Al final de su estancia en Asturias promueve la excavación de L. G. Freeman en 1962 en la cueva de El Forno/El Conde. Ese mismo año, obtiene por oposición la cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Salamanca, poniendo rumbo a esa ciudad, aunque se mantendrá como jefe del Servicio de Excavaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial de Oviedo hasta finales de 1963.

2.2. Los primeros años en Salamanca de 1962 a 1970

En este periodo, como es lógico desciende su actividad arqueológica en Asturias, que pasa a extenderse a otros ámbitos, como la Meseta o el sur (Nerja), aunque veremos que sigue estrechamente vinculado a la región y realizando actividades de investigación.

Después de su estancia en Asturias y una vez tomada posesión de la cátedra de Salamanca, F. Jordá publica una primera síntesis sobre el Paleolítico superior cantábrico en la que plasma el estado del conocimiento sobre las distintas etapas del mismo en Asturias (Jordá 1963). Esta obra parte de otras síntesis previas, trabajos parciales u obras en las que recoge lo más importante de su

investigación en su periodo al frente del SIA y que constituyeron estudios de referencia durante mucho tiempo después (Jordá 1957a, 1958, 1960a). Este trabajo, publicado en la revista *Saitabi* desgrana, etapa por etapa, sus conclusiones sobre la estructuración, composición tipológica y características de las ocupaciones humanas de la región, desde el Auriñaciense al Aziliense, que en palabras del propio Jordá, no es más que una extensión del Magdaleniense VI o final cantábrico, la fase terminal del Paleolítico superior cantábrico: «Se trata, en realidad, de una etapa terminal con un instrumental adaptado a las necesidades que los tiempos imponían» (Jordá 1963:14).

En este periodo salmantino, sus excavaciones en Asturias en yacimientos paleolíticos se reducen a Cova Rosa y El Conde. En 1963 llevará a cabo una pequeña campaña en Cova Rosa, continuando también en 1964, aunque dejará los trabajos en esta cueva hasta que los vuelva a retomar en la siguiente década. A continuación, en 1965, realiza una campaña de excavación en la cueva de El Conde, un lugar que, sin duda, le resultaba enormemente interesante desde que llegó a Asturias, al tratarse de un yacimiento entonces clave para abordar el estudio de la transición del Paleolítico medio al superior. El estudio de las transiciones a lo largo del Paleolítico superior, es uno de los aspectos a los que Jordá dedicará muchos de los objetivos de su investigación.

Además, hay que comentar que indirectamente está vinculado con otra serie de intervenciones. Así, el 5 de enero de 1964 se lleva a cabo la primera exploración arqueológica de Cueva Oscura de Perán (Fernández Rapado y Mallo Viesca 1965) que sería destruida por una cantera un año después. Aunque no se trata de una excavación dirigida ni llevada a cabo por Jordá, si consideramos esta intervención dentro de su órbita, ya que M. Mallo es uno de sus colaboradores habituales, y tanto él como Fernández Rapado indican en su artículo que pusieron inmediatamente en conocimiento de este hallazgo y de su actividad al director del Museo Arqueológico y al Comisario Provincial de Excavaciones, quienes se personaron en la cueva inmediatamente (Fernández Rapado y Mallo Viesca 1965:67)¹. El director del Museo era en ese momento Carlos María de Luis, alumno y colaborador de F. Jordá en su etapa del SIA y que además ocupó esa plaza por sugerencia del propio Jordá a la Diputación Provincial. Por todo esto, parece que Jordá, directa o indirectamente, siguió teniendo cierta «ascendencia» en las cuestiones arqueológicas asturianas durante la década de 1960, y en concreto en este caso es patente.

Por otra parte, resulta interesante remarcar que la primera interpretación cronoestratigráfica de un yacimiento atribuido al Paleolítico antiguo en la región la realiza Jordá en 1968, al analizar el yacimiento de Bañugues, descubierto

¹ Según comunicación personal de M. Mallo, de lo acontecido en Cueva Oscura, tuvieron a F. Jordá en todo momento al corriente, quien tras recibir sus explicaciones, encargó a Elías García Domínguez una excavación más detallada en Cueva Oscura, que llevó a cabo en 1965, previa a su destrucción, estando inéditos los resultados de esta segunda excavación, cuyos materiales son los que hoy en día se encuentran en el Museo Arqueológico de Asturias.

en 1961, llegando incluso a pedir permiso para llevar a cabo una excavación que nunca se materializó. A pesar de todo, su relación con el geólogo M. Hoyos, contribuyó entre otras cuestiones a profundizar en temas que este desarrolló posteriormente en la región del Cabo peñas, y también en el yacimiento de Bañugues.

Otro de los hitos en la obra de Jordá durante este periodo es la publicación en 1970 junto con M. Mallo del primer estudio del arte de Tito Bustillo². Esta circunstancia y la publicación previa de M. Mallo y M. Pérez (1968) parece que generó cierto conflicto con M. Almagro, Comisario General de Excavaciones Arqueológicas, que se plasma en la correspondencia entre el propio Almagro y G. Gil a raíz del intento de publicación en un Congreso Nacional de Arqueología por parte de G. Gil y M. Mallo del descubrimiento de la cueva de Coímbre³. M. Almagro prohíbe a Gil publicar este hallazgo con Mallo y le recuerda que espera que «no se repitan hechos como los de Tito Bustillo», en clara referencia a las publicaciones de M. Mallo, M. Pérez y F. Jordá. Hay que recordar que si bien la relación entre M. Almagro y F. Jordá a lo largo de las décadas fue necesaria y constante, ésta siempre resultó bastante tensa y de desconfianza mutua, como queda de manifiesto en la correspondencia entre Pericot y Jordá (Díaz García en prensa).

2.3. Década de 1970. Nuevas investigaciones

Esta etapa la podemos considerar como el momento en el que comienza a pasar el testigo a sus discípulos, todos ellos formados en la Universidad de Salamanca, lo cual supone la consolidación de la vinculación de esta universidad a las investigaciones realizadas en Asturias. A todo esto contribuyen las dos campañas en 1971 y 1973, de excavación en Las Caldas, realizadas por una de sus discípulas, M^a S. Corchón, que llega a Asturias de la mano de su maestro⁴; y las nuevas intervenciones en El Cierro, Cova Rosa y La Paloma, todas ellas realizadas junto a otros de sus discípulos, A. Gómez Fuentes y J. Bécares Pérez. Es por tanto, la década de 1970 cuando empieza realmente una nueva etapa, en la que una nueva generación comienza a ponerse al frente de las investigaciones. La principal diferencia con respecto a la etapa del SIA o a los primeros años en Salamanca, es que en esta ocasión se decide abordar el estudio de yacimientos muy concretos y significativos, para responder a preguntas y cuestiones específicas, llevando a cabo limpiezas estratigráficas y toma de muestras para analíticas (p. ej. El Cierro) o excavaciones en extensión (Cova Rosa). Este también es un periodo en el que se llevan a cabo de manera sistemática intervenciones arqueológicas por parte de equipos multidisciplinares en otros yacimientos asturianos, además de representar el momento en el que la aplicación de las data-

2 Hay una publicación anterior de M. Berenguer, pero tiene un carácter divulgativo (Berenguer, 1969).

3 Esta circunstancia fue notificada por J. A. Moure a M. Almagro, según está constatado en la correspondencia personal dirigida por J. A. Moure a G. Gil.

4 Los trabajos de M^a S. Corchón se paralizan entre otras cuestiones porque se desvincula durante algún tiempo de la cátedra de Salamanca.

ciones radiométricas (C14), implicará una auténtica revolución en los estudios del Paleolítico superior cantábrico. F. Jordá se adapta a estos nuevos tiempos, siempre de la mano de sus colaboradores, donde jugará un papel fundamental de cara a la investigación paleolítica la labor de su principal discípulo, J. Fortea, y su relación con M. Hoyos.

Entre los años 1975 y 1979 codirige nuevas excavaciones en Cova Rosa, en un proyecto que impulsa A. Gómez Fuentes (Jordá *et al.* 1982). Es de destacar que en la primera campaña también participó J. Fortea. Prácticamente al mismo tiempo –de hecho se hicieron coincidir ambas intervenciones para poder llevarlas a cabo– entre 1976 y 1979, A. Gómez realiza una pequeña intervención en El Cierro, en colaboración con F. Jordá y J. Bécares, limitándose a una limpieza del corte de la excavación de 1959, interesándose fundamentalmente por completar la información de Cova Rosa con datos que sirvieran para contextualizar las ocupaciones magdalenienses del valle⁵. El objetivo de esta excavación era revisar la estratigrafía y hacer un nuevo estudio del yacimiento con una metodología más exhaustiva, realizando distintas analíticas (ver Álvarez Fernández *et al.*, en este mismo volumen). Además, estas dos intervenciones se completan con la excavación llevada a cabo en La Paloma entre 1977 y 1981 por J. Bécares; todas ellas, han permanecido prácticamente inéditas hasta la actualidad, a excepción de Cova Rosa y de alguna breve referencia bibliográfica de El Cierro (Gómez Fuentes y Bécares 1979).

También, en este mismo contexto en Asturias se están produciendo otra serie de investigaciones paralelas, tanto excavaciones como tesis doctorales, que traen consigo la confirmación de esta nueva etapa en la investigación paleolítica asturiana (y cantábrica) en lo que podemos denominar la «era post-Jordá»; aunque Jordá sigue muy activo con los trabajos anteriormente referidos, sus últimos trabajos en Asturias tendrán que ver ya con el mundo castreño y los estudios de arte rupestre. Estas otras actuaciones y estudios que vienen a consolidar este nuevo momento de la investigación paleolítica son: las excavaciones de J. A. Fernández-Tresguerres en Los Azules y J. A. Moure en Tito Bustillo (iniciadas en 1972), ambos procedentes del círculo de M. Almagro; de J. M. Gómez Tabanera y M. Pérez en Cueva Oscura de Ania (desde 1975), y sobre todo el proyecto llevado a cabo por L. G. Straus y G. A. Clark en La Riera (1976-1980), que supone un antes y un después en la investigación paleolítica en Asturias. Las tesis de J. A. Moure (1974) sobre el Magdaleniense superior, J. A. Fernández-Tresguerres (1980) sobre el Aziliense cantábrico, P. Utrilla (1981) sobre el Magdaleniense inferior y medio cantábrico, F. Bernaldo de Quirós (1982) sobre el Paleolítico superior inicial cantábrico, o de L. G. Straus (1983) sobre el Solutrense vasco-cantábrico, todas ellas llevadas a cabo en la década de 1970, revisan muchas de las excavaciones de F. Jordá y reinterpretan muchas de sus teorías y planteamientos. Sin

⁵ Este es uno de los planteamientos que sin duda renuevan de manera importante las aproximaciones metodológicas que se llevaban hasta la fecha en la arqueología cantábrica.

duda, este es el momento en el que esta nueva generación, siempre desde la admiración y el respeto al maestro, comienza a realizar importantes críticas a su trabajo e ideas sobre el Paleolítico cantábrico. En 1978 tiene lugar un hecho importante ya que llega desde Salamanca a la Universidad de Oviedo su principal discípulo y colaborador, Javier Fortea, que en cierta manera es continuador del espíritu y tradición de Jordá, suponiendo la prolongación del magisterio de Jordá en Salamanca, ya hacia la Universidad de Oviedo, vinculando de esta manera la investigación y tradición paleolítica de ambos centros. Esta estrecha relación también se traduce en la dirección de tesis doctorales de alumnos de la Universidad de Oviedo, que lleva a cabo Jordá. De esta manera, dirigirá las tesis de J. A. Rodríguez Asensio y M. A. de Blas, que junto con Fortea formarán parte de la renovada Área de Prehistoria de la Universidad de Oviedo a comienzos de 1980 (Díaz García y Fernández de Córdoba en prensa). Justo en ese momento también tiene lugar una serie de hallazgos de gran interés en el valle del Nalón, lo cual desemboca en 1980 en el comienzo del fructífero y provechoso «Proyecto Nalón», liderado por J. Fortea, que supone un nuevo paso en el avance del conocimiento y estudio del Paleolítico en Asturias (Fortea 1981), pero eso es ya otra historia.

2.4. Los últimos años: el legado de Don Paco

F. Jordá aglutinó un amplio, profundo y completo conocimiento del Paleolítico ibérico (mediterráneo, cantábrico y del interior), desde el norte hasta el sur, en todos los periodos paleolíticos, pero especialmente en el Paleolítico superior y el arte. Pocos arqueólogos, entre los que solo podríamos mencionar a aquellos que trabajaron en la primera mitad del siglo XX, podrían decir lo mismo. Es por ello que F. Jordá es, sin duda, una figura excepcional en cuanto a su capacidad de trabajo y la amplitud de su marco de estudio, que le convirtieron, por puro fruto del destino, en un arqueólogo que se vio ante la situación de llevar a cabo investigaciones por lugares muy dispares de la geografía peninsular (los más importantes) y en marcos cronológicos a veces muy distantes, no solo paleolíticos. Esta experiencia le hizo tener una perspectiva particular sobre su manera de abordar los problemas de la Prehistoria, siempre desde una concepción global. Los últimos años, ya en la década de 1980, estuvieron condicionados por su jubilación en 1984 y su paso al estatus de profesor emérito (Jordá Pardo 2006-2007), lo cual trajo consigo un descenso de su actividad investigadora, que se centró en temas y áreas muy concretas: la cueva de Nerja (Málaga), el castro de San Chuis (Asturias) y los estudios de arte rupestre. Un ictus cerebral en 1992, le imposibilitó para seguir trabajando, cerrando así su fecunda labor investigadora (Jordá Pardo 2014).

Sin duda, el legado de F. Jordá es su obra, el número de yacimientos excavados, que supuso una renovación importante del registro; pero sobre todo la formación transmitida a sus discípulos, que continuaron su labor y revisaron, en muchos casos, sus trabajos y excavaciones, desarrollando nuevas metodologías



1958. El primero por la izquierda, Eduardo Ripoll Perelló. El séptimo, Luis Pericot; le sigue (detrás) Carmen Pardo Morote y su marido, Francisco Jordá Cerdá. Entre ellos (delante y con corbata moteada) Antonio Beltrán. El séptimo por la derecha (con las manos en el chaleco), el almirante Bastarache. Archivo F. J. C.

1960. Viena. Jardines de Schönbrunn. Desde la izquierda, Francisco Jordá Cerdá, Pere Bosch Gimpera, Luis Pericot, desconocido, Clotilde Gorbea y su marido, Martín Almagro Basch, y Henri Lothe. Archivo F. J. C.

1960. Burg Waterstein. Francisco Jordá Cerdá, Rene Lantier, Henri Breuil, Lluís Porcar y Pere Bosch Gimpera. Archivo F. J. C.

3. El Paleolítico asturiano en la obra de F. Jordá

El estado de la cuestión sobre el Paleolítico en la región a la llegada de F. Jordá Cerdá a Asturias, prácticamente se reducía a los trabajos llevados a cabo por la CIPP antes de la guerra civil. Sobre todo las excavaciones y completas publicaciones de Vega del Sella y E. Hernández Pacheco, y en menor medida de los miembros del Institut de Paléontologie Humaine -IPH- y colaboradores de la CIPP en Asturias, H. Breuil, P. Wernet y fundamentalmente H. Obermaier. La década de los años 1930 fue una década de progresiva reducción del impulso investigador, roto con el estallido de la guerra. Los años siguientes en Asturias fueron de una total decadencia que, al igual que sucedió en otras partes de la región cantábrica, asistieron al resurgimiento (en realidad nunca se habían ido, solo estaban ensombrecidos por los verdaderos científicos) de los historiadores locales y aficionados a la arqueología, algunos de los cuales, y con el amparo que daba la fuerte represión impuesta por el bando vencedor a los afectos al nuevo régimen en todos los ámbitos de la vida civil, pudieron dar rienda suelta a sus anhelos. Afortunadamente, este periodo tan bien estudiado en la vida política de nuestro país, pero más desconocido en cuanto a la investigación arqueológica se refiere, terminó rápido tras la pérdida de poder de Falange y la llegada de gente nueva a los poderes políticos y públicos, desvinculada de este grupo. Esta situación, que dio cierto respiro a la sociedad española y rebajó ligeramente la presión (re-presión) de los primeros años más duros del régimen, permitió entre otras cuestiones la reincorporación a la vida pública y al mundo investigador del propio F. Jordá.

Por ello, en Asturias podemos decir que hubo dos grandes momentos de la investigación prehistórica, una edad dorada (las décadas de 1910 y 1920) seguida de un duro paréntesis de unos quince años, tras el cual se produce la reactivación protagonizada por F. Jordá, que hemos analizado previamente. Para proceder a una aproximación a su obra e ideas, seguiremos a continuación un repaso por las principales etapas del Paleolítico regional.

3.1. El Paleolítico inferior y medio

El Paleolítico inferior ha sido el periodo más desatendido y olvidado de la Prehistoria Cantábrica hasta hace unas pocas décadas (Álvarez Alonso 2010a). Cuando F. Jordá llega a Asturias apenas hay unas escasas referencias que, en su mayoría, son anteriores a la guerra civil (Carballo 1924; Hernández Pacheco 1919; Obermaier 1925:188; Vega del Sella 1923). En la década de 1950 tan solo se estaba formando alguna colección particular, fruto de las recogidas de material lítico en superficie a lo largo del territorio asturiano llevadas a cabo por J. M. González, filólogo y aficionado a la Prehistoria, que únicamente realizó prospecciones (González y Fernández-Valles 1960, 1961, 1968). Ante este panorama, el estado de la cuestión sobre el Paleolítico inferior cantábrico se reducía principalmente a los niveles inferiores de la cueva de El Castillo (Obermaier

1925), a las excavaciones de J. M. de Barandiarán en Lezetxiki (Barandiarán 1963; Barandiarán y Altuna 1966) y alguna otra noticia (Carballo 1924; González Echegaray 1956)⁶. Por otra parte, en el resto de la Península Ibérica solo se habían llevado a cabo trabajos en el valle del Manzanares y en Torralba con cierta intensidad (Cerralbo 1912; Pérez de Barradas 1934) lo cual supuso que incluso antes de la guerra civil se llegara a despertar el interés por estos estudios por parte de paleolíticos vinculados al Cantábrico como P. Wernet o el conde de la Vega del Sella (Márquez 1974; Wernet y Pérez de Barradas 1925).

El escaso interés por el Paleolítico inferior asturiano, además de adolecer de una manifiesta ausencia de yacimientos (los pocos materiales procedían de recogidas superficiales al aire libre), estaba condicionado por el abundante número de cuevas y registros arqueológicos en el interior de las mismas que se localizan desde el centro de Asturias hacia el oriente, conteniendo abundantes y numerosos registros arqueológicos del Paleolítico superior. Debido a esto, las investigaciones arqueológicas tradicionalmente habían desatendido este periodo hasta el inicio de la arqueología inferopaleolítica en la región (Álvarez Alonso 2010a; Rodríguez Asensio 1983).

A pesar de este panorama, F. Jordá también hizo su aportación al debate sobre esta etapa. En primer lugar, reconoce la terraza de Trasquirós, donde Hernández Pacheco identificó un yacimiento del Paleolítico inferior y recoge materiales achelenses (Jordá 1955a); y, en segundo lugar, ofrece una de las pocas noticias sobre materiales de adscripción inferopaleolítica en la posguerra, fruto del hallazgo de un bifaz durante sus excavaciones del dolmen de El Baradal (Tineo) (Jordá 1962). Por otra parte, hacia el final de su estancia en Asturias, en 1961, se produce el descubrimiento del yacimiento de Bañugues. Puede que este hallazgo, junto con la coincidencia temporal del inicio del proyecto de Howell en Torralba –donde Jordá participa en 1962 como comisario– (Biberson 1964; Howell et al. 1962) y las excavaciones de E. Aguirre –también miembro del equipo de Torralba– en 1963 en As Gándaras de Budiño (Aguirre 1964), pudieron influir en despertar el interés de F. Jordá por esta etapa, al haberse descubierto un importante yacimiento atribuido a esta cronología en Asturias, algo inédito hasta la fecha. De este modo, Jordá fue uno de los que primero manifestaron su interés por Bañugues, llegando a plantearse excavaciones en este lugar desde su cátedra de Salamanca a finales de la década, y siendo el primero en publicar sobre el mismo, llevando a cabo el primer intento de establecer una cronología relativa a partir de la secuencia geológica (Jordá 1967, 1978:53-56), antes de los trabajos llevados a cabo por J. A. Rodríguez Asensio (1978, 1980). Aunque sus trabajos sobre este periodo despiertan ahora, realmente su interés se puede rastrear desde lejos, así, en sus primeros años en Asturias dice lo siguiente:

⁶ Para profundizar en esta cuestión específica, consultar (Álvarez Alonso 2010a).

Poseemos, pues, una serie de puntos de apoyo en los que basar una futura investigación del Paleolítico inferior asturiano, lo cual esperamos hacer, aunque sus resultados no sean brillantes y efectistas, con la ayuda, Dios mediante, de la Excma. Diputación Provincial a través de sus órganos competentes (Jordá 1955a:230).

Por otra parte, y en lo que a la siguiente etapa se refiere –ya centrando el problema en la base de las secuencias estratigráficas de las cuevas asturianas–, bastan sus propias palabras para ilustrar el pobre panorama que ofrecía el Musteriense cantábrico en general, y asturiano en particular, a su llegada a Asturias:

Si pocos son los yacimientos prehistóricos asturianos que hasta la fecha han ofrecido materiales pertenecientes al Musteriense, más escasas son aún las noticias que sobre ellos poseemos, pues realmente, se han dicho muy pocas cosas sobre la existencia del Musteriense en Asturias y, en general, en la región cantábrica, pero hay que reconocer que se ha excavado menos (Jordá 1955a:209).

Al poco de su llegada, y como ya hemos relatado, Jordá se sumerge literalmente en los fondos del Museo, estudiando, revisando y valorando las colecciones, fundamentalmente del conde de la Vega del Sella. Uno de sus primeros trabajos publicados tiene por objetivo el estudio de los materiales de la cueva de El Forno (también llamada de El Conde), depositados en el museo y procedentes de la excavación de 1915. Al mismo tiempo, también aborda el estudio del material procedente de La Cueva de Ribadesella, fruto de una «prospección» realizada por J. M^a. Fernández Buelta, en ese momento Comisario Provincial de Excavaciones Arqueológicas en funciones, quien le entrega los materiales a Jordá para su estudio y depósito en el Museo. De ambas, reconoce desconocer Jordá el contexto de su descubrimiento y excavación, ya que no hay noticias de ello y tampoco hay publicaciones al respecto, salvo una mención de Obermaier (1925) en *El Hombre Fósil* con relación a El Forno (Jordá 1955a). A este respecto, merece la pena hacer un paréntesis y traer a colación la siguiente reflexión de Jordá:

Se ha dicho que una excavación sin publicación es una excavación perdida, por eso tratamos de subsanar aquí la falta fijando tan vezrazmente como nos sea posible los pocos datos que poseemos, pues el tiempo, que todo lo borra, pasa velozmente y dentro de unos años es posible que lo poco que sabemos sobre estos materiales haya sido olvidado y queden condenados a vivir en un Museo con la etiqueta de «Procedencia desconocida», que es la verdadera muerte de un objeto arqueológico (Jordá 1955a:211)⁷.

⁷ Hay que comentar que este temor de Jordá irónicamente ha aquejado al Museo en el que fue director, ya que hay materiales que ya han corrido la suerte que predijo.

En concreto, y al analizar el Musteriense de la cueva de El Conde, al referirse a su nivel E indica lo siguiente:

Es posible, por tanto atribuir este nivel E no al Musteriense antiguo, como sugería Obermaier, sino al Musteriense de tradición achelense, que sería mejor denominar Musteriense de facies cantábrica, que se distingue por la inclusión en su contexto cultural de buenos hendidores (Jordá 1978:64).

Esta afirmación resulta muy interesante, porque entronca con un debate que, lejos de haber sido zanjado entre otros por los argumentos expuestos por V. Cabrera⁸ (1983), últimamente resulta de bastante actualidad (Álvarez Alonso 2010b, 2012, 2014; Álvarez Alonso et al. 2014), ya que parece fuera de toda duda que en el Cantábrico existe un Musteriense antiguo, o al menos situado en los inicios del Pleistoceno superior, que bien pudiera representar una manifestación regional del –Musteriense de Tradición Achelense (MTA)– del suroeste francés, caracterizado por la presencia de macroutillaje en porcentajes bajos, sobre todo hendedores. Si bien no es exactamente el panorama al que se refería F. Jordá, ya que más bien reproducía y adaptaba la secuencia bordesiana al Cantábrico, las apreciaciones por él realizadas sobre los materiales asturianos atribuidos al Musteriense, y en general al Paleolítico antiguo, sí parecen mostrar cierto paralelo tecnotipológico con el contexto contemporáneo que acontece en el suroeste de Francia.

Jordá había excavado previamente en Valencia en el yacimiento de Cova Negra, por lo que se trata de un periodo del que, como en otras ocasiones, tiene un amplio conocimiento. Así, en un trabajo de síntesis sobre el Musteriense español solo incluye de la región cantábrica la cueva del Conde, a la que ubica en el final de este periodo en estrecha vinculación con el Auriñaciense (Jordá 1957a:159). Resulta paradigmático que se trata de uno de los pocos investigadores que le presta atención a este periodo en estos momentos, tal vez porque no le preocupa la falta de información o escasez de yacimientos, y según él mismo relata, su investigación es prácticamente solitaria:

No podemos terminar estas notas sin antes exponer unas consideraciones sobre los problemas que el Musteriense asturiano presenta con relación al Musteriense español, consideraciones que se resentirán de ser demasiado personales, puesto que son el fruto de trabajos propios que no han tenido más crítica que la mía propia, puesto que hace años estudiamos en la más completa soledad estos problemas, que al parecer interesan escasamente a los prehistoriadores españoles (Jordá 1955a:228).

⁸ En concreto, considera inapropiado el término Vasconiense, considerando más correcta la definición de Musteriense cantábrico de hendidores o simplemente Musteriense de hendidores (Jordá 1978:68).

Prácticamente sus esfuerzos investigadores en estos periodos se centraron, al margen de las menciones a Bañugues, en los trabajos llevados a cabo durante su etapa en el SIA, ya que posteriormente solo abordó el análisis de estos periodos desde la realización de trabajos de síntesis (Jordá 1978), no carentes de una importante reflexión y la característica exhaustiva labor de recopilación que muestra un amplio conocimiento de los temas tratados, como es habitual en toda su obra.

3.2. El Paleolítico superior inicial

Al referirse al Auriñaciense cantábrico, Jordá (1963) indica que se encuentra estrechamente vinculado al Musteriense. Esta es una idea bastante arraigada en su obra (Jordá 1978:82), ya que incluso plantea la existencia de un complejo tecnocultural que denomina auriñaco-musteriense que, según sus definiciones sería anterior al Auriñaciense I y por lo tanto sería algo equivalente –aunque no lo mismo en su concepción, atendiendo a sus componentes si en cuanto al problema a analizar– al Auriñaciense de transición (Bernaldo de Quirós y Maíllo 2009). Para plantear esta cuestión se basa en su estudio de la cueva del Conde y en la comparativa con los niveles similares documentados en Cueva Morín y El Castillo, donde parece haber un horizonte transicional entre ambos tecnocomplejos (Musteriense y Auriñaciense) que no ha dejado de ser debatido y discutido hasta la fecha. En su artículo «El Paleolítico superior cantábrico y sus industrias» (Jordá 1963) solo considera tres yacimientos con presencia de Auriñaciense en Asturias: El Conde y Arnero, referencias que ya daba H. Obermaier (1925) y El Cierro, donde identifica niveles del Paleolítico superior inicial tras sus excavaciones de 1959 (Jordá 1976, 1978).

En la década de 1970 sigue hablando de Auriñaciense con tradición Musteriense, aunque indica que ya no se acepta, y a las tres anteriores cuevas añade Cueto de la Mina como un yacimiento Auriñaciense (Jordá 1976). En definitiva, para este periodo en Asturias, considera que hay una fuerte vinculación con el Musteriense anterior, dividiendo el Auriñaciense en tres fases: una inicial, en la que incluye el nivel C de la cueva del Conde, y que denomina como un Auriñaciense de tradición mustero-denticulada; una fase media, donde incluye el nivel B del Conde y Arnero, que equipara al Auriñaciense I; y una fase evolucionada, en la que incluye el nivel C de Cueto de la Mina, el A del Conde y El Cierro, equiparándola con el Auriñaciense II (Jordá 1976:85-86, 1978:82).

Respecto al inicio del Paleolítico superior dirá:

La falta de una eficaz y continuada investigación de campo ha hecho que todavía no se conozcan los suficientes suelos de ocupación de los inicios del Paleolítico superior como para poder dar una visión lo suficientemente amplia de todos sus problemas. Todavía estamos manejando los resultados de las excavaciones de Vega del Sella (Jordá 1976:84).

El otro periodo del Paleolítico superior inicial, aún con menos datos a la llegada de Jordá a Asturias, es el Gravetiense, denominado de manera clásica como Perigordiense superior según la clasificación de Peyrony (1933) y al que se refiere como «culturas de borde rebajado» (Jordá 1963:5). Jordá se decanta por la denominación de Gravetense, para referirse a este periodo, desechando la terminología francesa y optando por las apreciaciones de la escuela inglesa (Jordá 1963:6). Vemos que lejos de pensar que Jordá es un arqueólogo encasillado en la escuela tradicional francesa, nada más lejos de la realidad, ya que es un ferviente crítico de los rígidos esquemas franceses y en varias ocasiones no escatima en guiños hacia las visiones de la escuela anglosajona, más cercana a postulados antropológicos que desde su perspectiva humanista le resultan afines en algunos puntos. Una vez más, el yacimiento de Cueto de la Mina es un referente, indicando que es el único yacimiento en Asturias en el que se puede identificar un horizonte gravetiense, aunque pobre y mal definido (Jordá 1963); se trata de los niveles H y G de la secuencia atribuida por el Conde al Auriñaciense superior (de la Rasilla y Santamaría 2006). Como en otras ocasiones, Jordá, firme defensor de lo hispano, se refiere al periodo como Gravetense, al igual que al Perigordense, Auriñacense, Magdalenense, etc., ya que indica que son las formas correctas de la traducción al castellano. No obstante, las dificultades a la hora de analizar este periodo, llevan años más tarde a Jordá a incluir el nivel H en el Auriñaciense II y el G en la transición al Gravetiense (Jordá 1969).

3.3. El Solutrense

Sin duda, el Solutrense es el periodo al que Jordá le dedicó más tiempo, siendo un referente para el estudio de este periodo en la Península Ibérica. Las cuestiones que le interesaban y a las que más atención prestó a la hora de llevar a cabo estudios sobre el Solutrense cuando aborda su tesis doctoral, son fundamentalmente dos: el origen de este tecnocomplejo y su estructuración, generalmente adaptada al modelo francés (Breuil 1912).

Respecto a la tesis planteada por L. Pericot (1942) sobre el posible origen africano del Solutrense, Jordá opina lo siguiente:

En ella se propugna por considerar al Solutrense occidental como originario del norte de África y de estirpe Ateriense. Sin entrar en las posibles influencias africanas que se puedan observar sobre la provincia solutrense del sur y levante español, solo posibles de rastrear en las etapas superiores, hemos de convenir que Solutrense y Ateriense son dos industrias de diferente fórmula técnica, ya que el primero es una clara industria de hojas y el segundo procede de las lascas-hojas levallois. En segundo lugar en las estaciones aterienenses se señalan tipos semejantes a los solutrenses, pero algunos autores indican siempre que la semejanza es solo relativa, no total. Además, el hecho que acabamos de mencionar de que el Protosolutrense de

Levante se encuentra sobre niveles gravetienses tardíos, es bastante claro, ya que nos impide considerar como provenientes de África una corriente cultural que aparece como más antigua en el sur de Francia que en el levante español (Jordá 1953:50).

F. Jordá Cerdá no consideraba válida la tesis africanista del origen del Solutrense y su vinculación con el Ateriense⁹, como queda patente en sus trabajos (Jordá 1953, 1955b) y como han referido algunos autores posteriormente (Martínez Fernández 2001:173), a pesar de que en algunas citas haya trascendido más bien todo lo contrario, afirmándose precisamente una supuesta creencia de Jordá en la tesis africanista (Alcaraz 2007:112); aunque esta relación del Solutrense con el norte de África sigue siendo a día de hoy una cuestión no resuelta (Aura y Jordá Pardo 2012; Otte y Noiret 2002). Más bien, F. Jordá anclaba la cuestión del origen del Solutrense en Francia, debido a numerosas similitudes, y en concreto hundía sus raíces en el Auriñaciense de esta región (Jordá 1955b; Straus 2012:28). Como indica M. de la Rasilla (1994:10) estas tesis africanas fueron la tónica de la década de 1940, pero a partir de los años 50, se produjo una ruptura en la investigación que implicó el planteamiento de nuevos modelos, entre los cuales estaba el estudio del Solutrense en España, que se materializa en la tesis doctoral de Jordá.

Con respecto a este origen francés del Solutrense, F. Jordá entendía este periodo desde una perspectiva eminentemente difusionista, como una cultura llegada a la Península fruto del movimiento poblacional hacia el sur. Así, refiriéndose a la posición estratigráfica observada para el Solutrense, tras las excavaciones de Mallaetes y la interpretación de Parpalló (entre Gravetiense y Epigravetiense) Jordá, exponía de este modo su punto de vista:

Al contemplar esta intrusión cultural recordamos –salvando los detalles y los determinantes culturales– una serie de hechos históricamente conocidos y ocurridos en nuestra península y comparamos, con las salvedades debidas, este Solutrense de que nos ocupamos con el mundo árabe que nos invadió durante la Edad media, el cual aparece también interpolado entre la cultura romana y la romance. Los comienzos de los tiempos medievales españoles ofrecen al estudioso el espectáculo de un casi general naufragio de los contenidos culturales romanos, que parecieron, en un determinado momento, desaparecer casi por completo de nuestro país con motivo de las invasiones musulmanas para renacer de nuevo, más tarde, bajo las formas culturales romances que llenan los últimos tiempos de la Edad media. Una cosa en cierto modo parecida debió ocurrir durante nuestro Paleolítico superior. El Solutrense, cultura brillante y de rápida expansión y desarrollo, penetró en nuestro país de un modo avasallador y al parecer barrió casi por completo de nuestro suelo el concepto cultural del mundo

9 Tras la realización de nuevos trabajos en Mallaetes (Forte y Jordá 1976) se reafirma en esta idea.

gravetiense, llegando a enseñorearse de gran parte del territorio (Jordá 1955b:5).

En lo que respecta a la estructuración del Solutrense, en 1953 y antes de la lectura de su tesis doctoral, F. Jordá consideraba que el primer periodo solutrense presente en el Cantábrico era el Protosolutrense, cuya extensión era mayor que la de las etapas siguientes. Este periodo lo identifica en la Peña de Candamo y lo equipara a un periodo evolucionado del Protosolutrense francés, de transición hacia el Solutrense medio (Jordá 1953:58). A continuación estaría el Solutrense medio, aunque considera que esta fase no está presente en Asturias, ya que según sus palabras:

Respecto al Solutrense medio tenemos para la zona cantábrica una gran laguna. Hasta el momento presente no ha sido señalado de una manera fehaciente y clara, pues no nos es posible considerar como hace Obermaier como Solutrense medio el nivel inferior de la cultura Solutrense de Cueto de la Mina... –continuando– En realidad solo nos es posible considerar como Solutrense medio alguna pieza del Protosolutrense de la Peña de Candamo (Jordá 1953:51-52).

Aunque en la misma obra no oculta sus dudas sobre esta asignación y su posible equiparación o contemporaneidad con el Solutrense medio francés (Jordá 1953:55).

En cuanto al Solutrense superior, considera que es la etapa de plenitud del Solutrense peninsular, que en el Cantábrico se caracterizaría por la punta de base cóncava, que en palabras de Jordá «llega a infiltrarse en la zona occidental del Pirineo francés» (Jordá 1953:52), considerando que la estratigrafía de Cueto de la Mina ofrece un ejemplo inmejorable de su aparición en el Cantábrico, durante el Solutrense superior, siendo un elemento decisivo para él a la hora de considerar la existencia de una facies regional (1953:57). Para Jordá, en este momento temprano y previo a la publicación de su tesis doctoral, Cueto de la Mina es el modelo en el cual se encaja el resto de yacimientos estudiados por él en Asturias, y asignados al Solutrense superior: La Riera, Trescalabres y Balmori.

La idea según la cual el Solutrense cantábrico comenzaba con la fase denominada Protosolutrense¹⁰ o Solutrense inferior, como hemos visto está presente en sus primeros trabajos en Asturias, sobre el contexto cantábrico y en su tesis doctoral (Jordá 1953, 1955b). Posteriormente corrige esta postura, a la luz de nuevas investigaciones llevadas a cabo por otros autores (Smith 1960, 1962), que le llevan a reconocer:

10 El Protosolutrense realmente era una etapa anterior al Solutrense inferior, solo percibida en unos pocos sitios, desconectados entre sí, y que realmente respondía a problemas estratigráficos y tafonómicos y no a la existencia de una fase previa, por lo que finalmente fue desechado, tras ser equiparado durante un tiempo al Solutrense inferior (de la Rasilla 1994).

En nuestro estudio ya citado exponíamos que el Protosolutrense inferior se citaba en algunos yacimientos cantábricos y nosotros no hicimos más que recoger y comentar la bibliografía sobre el tema. Pero una revisión a fondo del problema y un conocimiento directo de los materiales franceses, así como unas críticas de especialistas extranjeros sobre nuestras ideas (Smith 1960:353; Sonnevile-Bordes 1962:120) nos han permitido llegar a una visión más real del problema. Con los datos que poseemos en la actualidad no es posible hablar de Solutrense inferior y menos de Protosolutrense en la región cantábrica. A reserva de lo que nuevas excavaciones nos ofrezcan, la facies cantábrica del Solutrense da comienzo con elementos que pueden paralelizarse con el Solutrense medio francés (Jordá 1963).

Como se aprecia a lo largo de su obra y se puede comprobar en lo que acabamos de mostrar, Jordá no tiene problema alguno en cambiar y adaptar su criterio ante las críticas y el avance de la ciencia. Equivocado o no, tiene una idea muy arraigada de la ciencia, y la firme creencia de que el avance científico, y en este caso concreto la investigación paleolítica, consiste en una constante renovación y adaptación de la investigación (lecturas, tesis, nuevas excavaciones y revisiones de antiguas colecciones y excavaciones); esto está muy presente en su obra y se puede comprobar con la sola lectura de sus trabajos a lo largo de las décadas.

Ya en el tramo final de su vida académica, en 1976, incorpora al debate sobre el Solutrense el yacimiento de Las Caldas, prosiguiendo con Cueto de la Mina y La Peña de Candamo como puntales para entender el Solutrense en Asturias, ratificándose en la inexistencia del Solutrense inferior y considerando estos yacimientos exponentes del Solutrense medio y superior (Jordá 1976). En estas fechas se comenzó con la revisión y nuevas excavaciones en las cuevas de El Cierro y Cova Rosa, importantes para tener en cuenta una continua revisión sobre el Solutrense regional, que Jordá siempre tuvo en mente.

La investigación del Solutrense cantábrico será continuada a partir de la década de 1970 por L. G. Straus, discípulo de L. G. Freeman, y más tarde por M. de la Rasilla en la década de 1980; los años 1970 son los de la auténtica revolución en España de la investigación paleolítica, lo cual implica, como ya hemos comentado, nuevos análisis, excavaciones y proyectos de investigación y doctorales por toda la geografía española que tratan de profundizar en los distintos problemas que presenta el Solutrense (de la Rasilla 1994). Con respecto a estos dos proyectos doctorales (L. G. Straus y M. de la Rasilla), ambos tendrán un impacto importante en Asturias, con la excavación de La Riera (Straus y Clark 1986) y de Cueto de la Mina (de la Rasilla 1990) además de las investigaciones llevadas a cabo por los discípulos de F. Jordá: M^a S. Corchón en Las Caldas (Corchón 1981) y J. Fortea en La Viña y Llonín (Fortea 1990; Fortea *et al.* 1991, 1995); estos dos últimos proyectos también codirigidos por M. de la Rasilla. De este modo, el Solutrense en Asturias (y Cantábrico) sufre una gran renovación, desde finales de la década de 1970, con respecto al panorama al que se enfrentó y que abordó Jordá.

En este contexto, a la hora de hablar del Solutrense en Asturias, L. G. Straus (1979:474) realiza una primera reflexión sobre el papel de Jordá en la investigación de este periodo «Durante más de veinte años de estudio del Solutrense en España, el interés principal ha sido la construcción de una cronología de fases, caracterizadas por la presencia (o ausencia) de supuestos tipos temporalmente diagnósticos de útiles de piedra y de hueso». Igualmente, remarca que en esa fecha la mayor parte de sus excavaciones se encontraban inéditas y que los cambios realizados entre sus esquemas publicados –Straus menciona concretamente que algunos de ellos son radicales, como los publicados en Jordá (1955b) contra Jordá (1960a)– «son simples reinterpretaciones de los mismos materiales sin la adición de nuevos datos de la región Cantábrica» (Straus 1979:474). Esta última parece una de las críticas más importantes a las interpretaciones de Jordá, ya que se le achaca que fundamentalmente se basó en excavaciones antiguas, seleccionadas y realizadas bajo criterios metodológicos y estratigráficos poco estrictos, en una época en la que se buscaban niveles «culturales» y no niveles «naturales». Para Straus, el programa de excavaciones que él y G. A. Clark desarrollan en La Riera es un ejemplo de cambio metodológico y sobre todo porque durante estos trabajos se identificaron varios niveles dentro de lo que solo era un único nivel de la estratigrafía de Vega del Sella (Straus 1979, 2012). Parece ser que el paradigma de La Riera, la aplicación de nuevos modelos de investigación y, sobre todo, la incorporación de las dataciones radiométricas, suponen uno de los puntos más firmes en las críticas a Jordá por parte de Straus. No obstante, independientemente del fondo científico del asunto, Straus comienza sus críticas dejando bien claro que:

La gran experiencia del profesor Jordá y sus importantes contribuciones a la prehistoria –especialmente a la de Asturias– son reconocidas por todos, incluyendo sus estudiantes y colegas americanos. Debo personalmente al profesor Jordá mucha ayuda en el pasado, y por eso no quiero en absoluto que lo que sigue pueda interpretarse como algo más que una discusión científica de unos temas de interés mutuo (Straus 1979:473).

A pesar del tiempo transcurrido, y con las precauciones que el paso de los años imprime a la constante renovación a la que está sometido el avance científico, es obvio que el trabajo de Jordá en cuanto al Solutrense ibérico sigue siendo una referencia necesaria, al menos aunque solo sea porque sienta las bases del análisis global del periodo.

3.4. El Magdaleniense

El final del Paleolítico superior, en este caso el Magdaleniense, es el otro gran periodo paleolítico al que Jordá dedicó gran parte de sus esfuerzos, no solo por la abundancia de yacimientos, sino también por la presencia de innumerables

evidencias de arte mobiliario y la gran riqueza del arte parietal que tiene lugar durante este momento.

Así, tras su primera excavación paleolítica en Asturias, en la cueva de Bricia, F. Jordá apunta algunas cuestiones de interés sobre su percepción de los problemas del Magdaleniense cantábrico, y la necesidad de una profunda revisión, al diferenciar dos subniveles dentro de un horizonte magdaleniense en la citada cueva:

Esta distinción entre dos partes de un mismo nivel la creo de un gran interés, pues podrá permitir una mejor comprensión de los problemas del Magdaleniense cantábrico, hoy por hoy, conocidos de un modo muy fragmentario y poco sistemático. Por ello he tratado de aquilatar lo más posible los distintos aspectos que tal distinción me ha sugerido con el fin de poderlos tener en cuenta cuando de una visión total de nuestro Magdaleniense se trate, lo cual, por otra parte, es ya de una evidente necesidad en el estado actual de nuestra investigación prehistórica (Jordá 1954:177).

La realización de un análisis en profundidad del periodo Magdaleniense es, al igual que sucede con el Solutrense, otro de los objetivos que Jordá plantea durante la década de 1950 en Asturias. Esto se materializará en una estructuración principalmente a partir de dos excavaciones: Bricia, para el Magdaleniense superior, y La Lloseta para el Magdaleniense inicial; además de numerosas revisiones de materiales y otras intervenciones como las realizadas en Balmori o La Riera. Por ello, de manera temprana, y con apenas datos nuevos, Jordá (1954:193-195) realiza un primer intento de clasificación del Magdaleniense regional partiendo de la clasificación de Obermaier (1925) y considerando que el Magdaleniense cantábrico presenta notables diferencias con respecto al francés, como él mismo indica que ya habían notado tanto Obermaier como Breuil. Uno de los aspectos más destacados es que cree identificar elementos que marcarían la presencia del Magdaleniense IV de la clasificación francesa (Magdaleniense medio), que serían la evidencia de su penetración en el Cantábrico, negada firmemente por Breuil, a la vez que equipara este al Magdaleniense «c» de Obermaier. Igualmente, considera los materiales de Bricia y La Riera, equivalentes al Magdaleniense superior y final («f» y «e» en la clasificación de Obermaier; V y VI en la de Breuil). Se percibe, por lo tanto, desde su llegada a Asturias, que este periodo será una de sus grandes preocupaciones a la hora de estudiar el Paleolítico regional.

Entre 1956 y 1958 lleva a cabo excavaciones en la cueva de la Lloseta, que suponen un auténtico hito en la investigación cantábrica, y contribuye a sentar las bases de una estructuración del Magdaleniense en la que se consideraba que existía un desfase con respecto a la secuencia francesa. Es decir, según Jordá (1958:14, 1960a) y también González Echegaray (1960), el Magdaleniense comenzaba en la región cantábrica con la fase III del sistema de Breuil, lo que tradicionalmente se denominó a partir de entonces Magdaleniense inferior

cantábrico. Con respecto al Magdaleniense medio, Jordá indica que se trata de una fase mal definida y con escasas referencias, aunque precisa que en Cueto de la Mina está perfectamente definido, además de considerarlo también para Balmori y La Lloseta, y probablemente La Paloma (Jordá 1958:84-87).

En 1976 incluye en el Magdaleniense medio varios niveles de cuevas anteriormente asignados al Magdaleniense inferior (Jordá 1976:100), seguramente cambiando de criterio debido a la datación obtenida por G. A. Clark en La Lloseta. Esta fecha de 13.648±412 a. C., le hace reconsiderar la atribución de La Lloseta, al hacerlos equiparables a otras dataciones obtenidas en el Juyo y Altamira¹¹, lo cual implica que cambia también la de otros yacimientos, y seguramente apoyado también en los datos de Las Caldas, donde sí hay un auténtico Magdaleniense medio. De este modo dice lo siguiente:

La segunda gran etapa, Magdaleniense medio cantábrico, parece bien representada en las cuevas de Cueto de la Mina, La Riera, La Loja, Collubil, Cueva Oscura¹², Las Caldas y La Paloma. Aunque de muchas de estas cuevas nuestra información es muy incompleta, sin embargo parece ser este el gran momento de la ocupación de las cuevas asturianas (Jordá 1976:100).

4. Obra y pensamiento arqueológico

Al retomar la actividad arqueológica como miembro del SIP de Valencia, a partir de 1943 y de la mano de su maestro, comenzó verdaderamente su formación como prehistoriador, en excavaciones como las cuevas de La Cocina o Les Mallaetes. Esta fue la verdadera escuela de Jordá, además de tener como uno de sus referentes el trabajo de Pericot en Parpalló, ya que consideraba que supuso un punto de inflexión en las investigaciones del Paleolítico ibérico. Así, en una nota necrológica sobre Pericot, Jordá relata lo siguiente con respecto a la primera excavación de Pericot en Parpalló:

Siguen siendo un hito en el camino de nuestra investigación, ya que la publicación de los materiales del Parpalló fue decisiva, pues con ellos fue posible romper los viejos moldes en los que se había desarrollado la que podríamos llamar Prehistoria de los abates (Obermaier y Breuil) y señaló el camino para nuevas orientaciones. Problemas como el polimorfismo tipológico del Solutrense –y con ello la posibilidad de la existencia de varios focos originarios–, o la diversidad de facies del Magdaleniense ibérico respecto del francés, son aspectos que nece-

11 Estos yacimientos son en realidad M. inferior cantábrico, en algún caso M. inferior tardío o tipo Juyo. Aunque aquí hay otro debate sobre la identificación en exclusiva del Magdaleniense tipo Juyo con el Magdaleniense inferior, o su perduración hasta los inicios del Magdaleniense medio, como así podría ser (ver Álvarez Alonso en prensa).

12 Se refiere probablemente a cueva Oscura de Perán.

sariamente han provocado múltiples reacciones que han puesto en duda la validez de la secuencia de Breuil, para las áreas paleolíticas exteriores del territorio francés. Años más tarde las excavaciones de Les Mallaetes (Pericot y Jordá), de la cueva de Ambrosio (Ripoll) y de la del Volcán (Pericot y Aparicio) vendrían a confirmar la importancia del Paleolítico superior del área mediterránea ibérica, que desarrolló con cierta independencia una secuencia cultural paralela, aunque distinta de la cántabro-dordoñesa, que pondría de relieve las falacias de una investigación reducida a una tipología formal, basada exclusivamente en materiales del área francesa (Jordá 1980:278).

Sus años de formación y trabajo arqueológico en Valencia le dotaron, por lo tanto, de una perspectiva con respecto a la investigación paleolítica que, sin duda, fue decisiva a la hora de emprender su actividad investigadora en Asturias. Sin esa visión crítica hacia los férreos y clásicos modelos franceses, no habría tenido el mismo enfoque a la hora de enfrentarse a distintos aspectos del Paleolítico cantábrico, especialmente en lo que a los modelos de ocupación solutrenses y magdalenenses se refiere. Seguramente en su formación pesó tal vez una tradición más antropológica, con indudable raíz germana, de la escuela de Bosch Gimpera que hereda Pericot y de la que, con seguridad, también bebe Jordá. Una visión más humanista de los problemas, fundamentalmente histórica y alejada de las sistematizaciones cronoculturales basadas en los modelos tipológicos, es notablemente influyente en la formación de su pensamiento, que no se limita a la simple asunción de los modelos franceses.

En el contexto predominante en el que se encontraba F. Jordá al llegar a Asturias, la corriente más influyente en el ámbito hispano era la francesa, encabezada en aquel momento por el todavía vivo «pope» de la Prehistoria, el abate H. Breuil que ya había dejado paso a otros personajes destacados a partir de esta década, como F. Bordes o A. Leroi-Gourhan; aunque su clasificación tripartita para el Paleolítico superior (Auriñaciense, Solutrense y Magdalenense), según palabras del propio Jordá, «era aceptada sin grandes críticas hasta hace quince años» (Jordá 1955b:9). Pero a pesar de esto, considera que se deben:

aceptar las subdivisiones de Breuil, con las modificaciones de Garrod y Cheynier, más bien como términos de caracterización cultural y quizás como apelativos de aspectos técnicos, sin que ello presuponga un marco cronológico inflexible y rígido dentro del cual se hayan de colocar los objetos culturales como dentro de un armario clasificador (Jordá 1955b:23).

Jordá acepta la caracterización cultural, algo difícil de contestar, aunque con el importante matiz de no condicionar con ello la interpretación cronoestratigráfica y el estudio del poblamiento humano y su dispersión por el territorio, algo que el alcayano considera que no puede estar supeditado al establecimiento y clasifica-

ción por tipos, que lógicamente dependen de muchos factores que escapaban a las rígidas clasificaciones imperantes en las primeras décadas del siglo XX.

Las clasificaciones y estructuraciones tipológicas y tecnológicas de los complejos industriales, junto con las interpretaciones estratigráficas, son pues los criterios fundamentales en los que se basa. Aunque eso no implica que siga a pies juntillas las tesis clásicas francesas, ya que por ejemplo además de criticar a Breuil, rechaza los postulados de D. Peyrony, llegando a estar en consonancia con D. Garrod (que, en definitiva, acepta con variaciones la clasificación de Breuil). Jordá es consciente de los fallos que presenta el sistema de Breuil o el de Peyrony (basado en conjuntos franceses, y por lo tanto limitado ante una interpretación global); por eso tal vez la postura de D. Garrod, quien realizó investigaciones en Oriente próximo y que aporta una visión global de los inicios del Paleolítico superior, considerando la procedencia oriental del Auriñaciense, es tenida en cuenta e integrada en su discurso (Jordá 1955b:9-17). Podemos apuntar en este debate sobre los esquemas clásicos, que presenta desde el comienzo de su obra una constante conciencia crítica que le lleva a tratar de conocer postulados diversos y no conformarse con los esquemas imperantes. Esta es una de las características destacadas en su obra, que en alguna ocasión le valió el apelativo de eterno heterodoxo.

Por tanto, el análisis en profundidad sobre la esencia y fundamentos de su pensamiento arqueológico, no se debe limitar a hablar de una posible filiación de Jordá a la escuela francesa sin más que, en realidad, es falsa. Más bien conviene matizar que la mayoría de la producción bibliográfica e investigaciones sobre el Paleolítico superior por aquel entonces estaban centradas en Francia, de forma que resultaba (y ha resultado hasta hace poco) imposible sustraerse a ello, por lo que Jordá se ve obligado a recurrir constantemente a esta bibliografía, aunque siempre con objeciones (más o menos importantes) remarcando permanentemente la necesidad de destacar lo hispano y no reproducir los modelos foráneos. Debido a esto, Jordá recoge en su obra y considera en muchos de sus escritos las investigaciones y planteamientos de la alemana G. Freund (una de las últimas discípulas de Obermaier) o la propia D. Garrod, perteneciente a la escuela anglosajona. Jordá era un hombre que procuraba estar al tanto de todas las novedades que acontecían en Europa, no solo en el ámbito local hispano, o como mucho francés, ya que queda patente en su obra que le preocupa concebir los problemas del Paleolítico superior desde una perspectiva global, europea, amplia no solo desde un aspecto geográfico, sino también antropológico y cultural (Jordá 1953, 1955b), pero siempre tratando de percibir las peculiaridades del Paleolítico peninsular, que merecían en su opinión un estudio específico *ad hoc*. Todo esto se traduce como resultado en un lector incansable y constante, buen conocedor de la bibliografía actualizada del momento, lo cual implicará que en la década de 1950 esté situado posiblemente en la vanguardia de la investigación paleolítica, aunque no ocupe un puesto relevante en la vida aca-

démica (no será catedrático hasta 1962); aunque parezca irrelevante, esta inquietud y gran perspectiva de los problemas globales, redundó en un beneficio neto y evidente de su actividad arqueológica en Asturias.

Por otra parte, hay que recordar que su maestro, L. Pericot mantuvo durante décadas un fluida relación con notables arqueólogos británicos, atestiguada en la abundante correspondencia con entre otros V. G. Childe, M. Burkitt o G. Clark (Díaz-Andreu 2002), que sin duda muestran un amplio conocimiento de la escuela anglosajona por parte de Pericot, aunque esta no hubiera calado en exceso en su pensamiento. No es de extrañar que estas relaciones, existentes ya en la década de 1920, fueran conocidas por F. Jordá, consciente durante su proceso de formación junto al maestro de la importancia de las relaciones entre investigadores más allá de las propias fronteras, y no solo en un grado de dependencia hacia lo francés. El proceder de Pericot implicaba el intercambio de publicaciones, una práctica tan ágil y habitual hoy en día, pero que en aquellos años implicaba el cruce de correspondencia postal de manera habitual e intensa. Sin duda, estas costumbres, que a su vez son una herencia directa de Bosch Gimpera (Díaz-Andreu 2008), debieron calar en Jordá como una parte más del proceder habitual de un investigador, ya que él mismo predicó con el ejemplo. De esta herencia directa de Pericot, tal vez le vino su inherente vocación de atender a cuestiones y problemas generales. El título de su tesis *El Solutrense en España y sus problemas* es un ejemplo de ello, cuyo reflejo seguramente es el incesante y constante intento de sistematización, de englobar resultados y dotar de una visión general a los problemas del Paleolítico, más allá del periodo concreto o el área geográfica analizada.

En lo que respecta a la aportación que su estancia en Asturias tiene en su obra y en su evolución como prehistoriador, es destacable su estrecha relación con el geólogo y profesor de la Universidad de Oviedo, N. Llopis Lladó, que supuso también un importante aliciente, ya que contribuyó a que reparara en la necesidad de adoptar una visión más geológica de los problemas arqueológicos como manera de abordar mejor el trabajo de campo, apuntando en algún caso a hacia una visión más «geoarqueológica» del Paleolítico; aunque no se pueda hablar en este contexto de Geoarqueología en su estricta definición. En última instancia esto no es nuevo, ya que sus precedentes inmediatos en la investigación paleolítica cantábrica (Breuil, Obermaier, Hernández Pacheco o Vega del Sella), tenían un enfoque cuaternarista de los problemas arqueológicos, teniendo en cuenta los procesos geológicos, la formación de los depósitos y también de la alteración de los depósitos sedimentarios. De hecho, conoció y trató a E. Hernández Pacheco, una autoridad en la investigación geológica y prehistórica española.

Entre los años 1962 y 1963, participa en las excavaciones de Torralba y Ambrona que lleva a cabo el equipo internacional e interdisciplinar dirigido por F. C. Howell y F. Biberson, en el que también participan Butzer, E. Aguirre, R. G. Klein y L. G. Freeman entre otros. Esta excavación supuso una auténtica revolución y renova-

ción de la arqueología española, ya que su director es uno de los precursores de la idea de Paleoantropología (conjugando arqueología y bioantropología), junto con J. D. Clark, así como un firme defensor de la importancia de la interdisciplinariedad en el desarrollo de la ciencia arqueológica. Igualmente, la presencia de L. G. Freeman en esta excavación es también fundamental. Alumno de Howell en la Universidad de Chicago, a quien tenía como ejemplo de científico y académico, fue junto a L. G. Binford, también docente en Chicago, una de las más importantes figuras de la Nueva Arqueología (Clark 2013). Freeman desarrolla a partir de este momento una importante labor arqueológica en España, lo cual supone que es responsable de la introducción de estas ideas en su intenso e importante contacto con investigadores españoles en la década de 1960 y sobre todo en 1970 influyendo en una nueva generación de universitarios, como L. G. Straus. Freeman, fue animado por F. C. Howel y, entre otros, por F. Bordes, a emprender el estudio del Musteriense peninsular y, especialmente, el cantábrico (Freeman 1964).

Seguramente esta temprana relación con este grupo de arqueólogos, aunque muy somera, le supuso a F. Jordá un contacto directo con un nuevo planteamiento de las investigaciones, con nuevas ideas y aproximaciones metodológicas, con una visión más antropológica de los procesos humanos y menos culturalista y tecnotipológica, como era más propio en la España del momento, deudora directa de la escuela paleolitista francesa. Todo esto justificaría que en esa época Jordá escribiera lo siguiente:

No es posible hoy pensar en la Prehistoria como en una sucesión de etapas rígidas e invariable, en las que había que encuadrar casi a la fuerza los hechos de investigación que escapaban a toda esquematización teórica. Aquella Prehistoria, acomplexada de pisos geológicos y encajada dentro de divisiones inflexibles por el calzador de la generalización, ha dado paso ya a una ciencia histórica, en la que el hombre y no los fósiles instrumentales ocupa el lugar central. Pues se sitúa nada menos que un proceso histórico y no una simple sucesión de niveles geo-arqueológicos (Jordá 1963).

Pero, aunque afirma lo anterior, al final no abandona del todo las clasificaciones, basándose en los materiales presentes y en las industrias (Breuil o Sonnevile Bordes); esto es indicativo de que su proceso de formación y evolución prosigue, ya que lee nuevas teorías y planteamientos y procura no estancarse, aunque no ha cambiado su paradigma metodológico a la hora de analizar el Paleolítico superior. Tal vez los clásicos planteamientos de la escuela francesa están muy enraizados en la investigación paleolítica española, aunque eso no implica que Jordá comparta las teorías del Paleolítico francés y su estructuración, ya que es un firme defensor de las facies regionales y la diferenciación cultural de la Península con respecto a Francia.

En este contexto, sin duda está su contribución a que L. G. Freeman llevase a cabo una campaña en la cueva del Conde, aquel lugar con tantos problemas

estratigráficos en donde Jordá había intuido la existencia de uno de los problemas más atrayentes del Paleolítico regional, la transición del Musteriense al Paleolítico superior. Seguramente debió considerar que el modo de trabajar de estos americanos y su novedosa visión, podría aportar un punto de vista nuevo al debate sobre la identificación del proceso de tránsito entre el Musteriense y el Auriñaciense, en el que sin duda, había un problema antropológico en su raíz, con la confluencia de dos especies humanas distintas.

A partir de la década de 1970 el debate suscitado por la Nueva Arqueología había calado parcialmente en la investigación paleolítica española, y la nueva generación de arqueólogos asume la renovación de la investigación, con nuevos retos metodológicos como la aplicación del C14 o la interdisciplinariedad en arqueología como una necesidad básica. No obstante, en esta nueva generación también hay una importante corriente tipologista, que asume principalmente una visión cronoestratigráfica del Paleolítico desde una aproximación tipológica (laplacista o bordesiana) y estadística, añadiendo también la novedad del sistema de facies. De todos modos, hay que diferenciar entre los investigadores que proceden de la Universidad Complutense, que copan el Cantábrico, y los alumnos de Jordá procedentes de Salamanca. Entre ellos se aprecian sutiles y en algunos casos importantes diferencias, que tienen mucho que ver con el calado de las enseñanzas del maestro.

Jordá, una vez más demuestra que tiene una mentalidad muy abierta y procura adaptarse al nuevo contexto. Así, con respecto a otra síntesis posterior (Jordá 1976) realiza algunos cambios en la consideración de distintos niveles y periodos, que muestran cómo en algunos aspectos se ha adaptado a los resultados obtenidos en excavaciones modernas (Las Caldas, La Paloma o Cova Rosa). Además, la aplicación del C14, que empieza a partir de la década de 1970 a revolucionar la investigación paleolítica cantábrica con los primeros datos numéricos en que apoyar los nuevos intentos de estructuración del periodo, también supone un elemento que influye en algunos cambios que introduce el alcayano con respecto a años anteriores.

Jordá fue un superviviente, un eterno inconformista y una mente inquieta y abierta, en definitiva una persona que fue capaz de conjugar una enorme capacidad de trabajo con una sorprendente capacidad de síntesis y visión transversal de la Prehistoria. Aglutinador de un saber universal de la Prehistoria ibérica, fue una persona crítica, que con igual naturalidad asumió los juicios sobre su trabajo y nunca dejó de plantear teorías e hipótesis. Podemos decir que su grandeza radica en que jamás mostró miedo a equivocarse ni rubor a la hora de rectificar, asumiendo que la investigación y el avance científico consisten precisamente en eso. En definitiva fue un gran humanista.

Tal vez las mejores palabras para describir su obra, sean las escritas por su propio hijo, Jesús F. Jordá Pardo que al referirse a su personalidad científica afirma lo siguiente «Alejado de cualquier idea dogmática, su trayectoria pro-

fesional y personal se caracteriza por una fuerte componente heterodoxa y un marcado espíritu crítico que le permiten realizar una obra independiente y libre de ataduras» (Jordá Pardo 2005-2006:6).

Epílogo

F. Jordá fue un hombre cuya intensa e incesante actividad le llevó a realizar un gran número de publicaciones científicas, pero no menos importante son algunas de las constantes y abundantes reflexiones que realiza en muchos de sus trabajos sobre la ciencia, la Prehistoria, la investigación o la propia esencia del investigador, el universitario o la simple actividad humana. No creemos mejor forma de finalizar que citando al maestro en una de las ideas que seguramente cualquiera de nosotros seguiríamos suscribiendo hoy en día:

Incluso también se niega ese carácter histórico de nuestros primeros hombres. Quizás porque es parte del viejo prejuicio historicista de que la Historia está hecha por personas de carne y hueso que nos han dejado sus nombres y sus recuerdos y con los que parece que hemos entrado en contacto, recordándolos con cierta familiaridad, ya que incluso nos han dejado su vida hilvanada por las anécdotas. De ahí, nuestro despiste radical ante la Prehistoria, puesto que en ella no hay personajes de nombre conocido, ni anécdotas que contar acerca de ellos. La terrible realidad del prehistoriador es que el sujeto en la prehistoria, el hombre prehistórico, es un ser anónimo y sin aventuras conocidas. Un verdadero desastre para nuestra invencible curiosidad por los hechos personales. Esta humildad con que se nos presenta el hecho prehistórico radica precisamente, a nuestro entender, una de las mayores dificultades para su interpretación. La Prehistoria carece de héroes y de genios, de reyes y de generales, de batallas y de tratados, ni de artistas que firmen sus obras, ni inventores a quienes conozcamos por sus nombres. Toda la historia de nuestra humanidad primitiva es tremendamente anónima.

Estas palabras, extraídas de la introducción a la obra *La cueva de La Lloseta* (Jordá 1958), reflejan no solo una manera muy sincera y sencilla de percibir la Prehistoria, sino también entre líneas podemos percibir un trasfondo que subyace en todo aquel que se acerque al estudio del ser humano desde un punto de vista eminentemente social. La trayectoria de Jordá antes de la guerra, su compromiso, su ideario y su posterior penitencia, seguramente fueron importantes junto con las visiones más antropológicas de su maestro, en la formación de una visión sobre el pasado que se asienta sobre una manera muy personal de entender la historia, y en definitiva, la vida.

A pesar del tiempo y la distancia transcurrida, no podemos estar más de acuerdo con algunas de las ideas manifestadas por F. Jordá, con motivo de la publicación de la excavación de La Lloseta:

La Prehistoria es hoy una ciencia plenamente histórica y como a tal se estudia. En primer lugar, el prehistoriador sabe que el objeto de su investigación es el hombre y su contorno, que en su estudio va a encontrarse con hechos humanos o con las consecuencias de estos hechos... lo que busca el prehistoriador con su investigación es la realidad histórica del hombre primitivo, único modo de comprender su modo de vida y obras (Jordá 1958:10).

Una idea que cada vez parece perderse más de vista con una constante parcelación y excesiva especialización de la Prehistoria (algo muy positivo y necesario, por otra parte), que a algunos historiadores (pre-historiadores) les hace perder de vista cual es el objeto último de su investigación, creyendo que la ciencia no puede también desarrollarse desde las humanidades, solo desde los laboratorios de las ciencias naturales y experimentales; para algunos, erróneamente, la única y verdadera ciencia.

Sin dudar, la figura de F. Jordá es mucho más compleja, rica e interesante de lo que pudiera suponerse, siendo su obra y su influencia tan amplia que es imposible sintetizarla, ya no solo en este trabajo, sino en este volumen homenaje del que forma parte. Por ello, creemos que, sin duda, merece ser tratada en profundidad en un trabajo futuro, al cual hemos querido contribuir con esta primera y modesta reflexión sobre su actividad paleolítica en Asturias. Sirvan estas líneas como homenaje póstumo, pero sobre todo, como recuerdo a la figura de una personalidad que supuso más para la investigación en Asturias de lo que en principio se pudiera pensar.

Agradecimientos

He de agradecer la ayuda prestada por J. A. Fernández de Córdoba y F. Díaz García en la recopilación bibliográfica y en la discusión sobre algunos aspectos concretos que se han abordado. Igualmente, les doy las gracias por su revisión, corrección y comentarios realizados a este texto, que han contribuido a mejorar el resultado final. Muchas de las conversaciones mantenidas con el profesor Jordá Pardo en estos últimos años, también han contribuido notablemente a orientar este trabajo. ●

Bibliografía

- ADÁN ÁLVAREZ, Gema Elvira (2001). «El Servicio de Investigaciones Arqueológicas en Asturias (S.I.A.): F. Jordá Cerdá (1952-1964)». *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, 41(1-2): 207-224.
- AGUIRRE, Emiliano (1964). *Las Gándaras de Budiño. Porriño (Pontevedra)*. Madrid: Ministerio de Educación Nacional, Dirección General de Bellas Artes, Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas (Excavaciones Arqueológicas en España; 31).
- ALCARÁZ CASTAÑO, Manuel (2007). «El Aterense del Norte de África y el Solutrense peninsular: ¿contactos transgibaltareños en el Pleistoceno superior?». *Munibe. Antropologia-Arkeologia*, 58: 101-126.
- ÁLVAREZ ALONSO, David (2004). «La cueva de Bricia (Posada de Llanes, Asturias). Territorialidad en el Tardiglacial de la comarca de la Llera». En: ALLUÉ, Ethel; MARTÍN, Josep; CANALS, Antoni; CARBONELL, Eudald (eds.), *Actas del 1º Congreso Peninsular de estudiantes de Prehistoria*. Tarragona: Universitat Rovira i Virgili, 172-180.
- ÁLVAREZ ALONSO, David (2010a). «La investigación de las primeras ocupaciones humanas en la Región Cantábrica». *Espacio, Tiempo y Forma I, Nueva época. Prehistoria y Arqueología*, 3: 9-20.
- ÁLVAREZ ALONSO, David (2010b). «El Magdaleniense superior de la cueva de Bricia (Posada de Llanes, Asturias)». *Kobie*, 29: 33-44.
- ÁLVAREZ ALONSO, David (2012). «El primer poblamiento humano en la región cantábrica. Reflexiones y síntesis en torno al Paleolítico antiguo». *Kobie*, 31: 21-44.
- ÁLVAREZ ALONSO, David (2014). «First Neanderthal settlements in northern Iberia: the Acheulean and the emergence of Mousterian technology in the Cantabrian region». *Quaternary International*, 326-327: 288-306.
- ÁLVAREZ-ALONSO, David (en prensa). «El final del Paleolítico superior: el Magdaleniense en Asturias». En: ÁLVAREZ-ALONSO, David (ed.), *Los grupos cazadores-recolectores paleolíticos del occidente cantábrico*. Gijón: UNED-Asturias.
- ÁLVAREZ ALONSO, David; RODRÍGUEZ ASENSIO, José Adolfo y JORDÁ PARDO, Jesús Francisco (2014). «Reflexiones en torno a la caracterización tecnotipológica del yacimiento de Bañugues (Asturias, España) en el marco del Paleolítico medio del norte de la Península Ibérica». *Munibe. Antropologia-Arkeologia*, 65.
- ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, Esteban; ÁLVAREZ ALONSO, David; CUBAS MORERA, Miriam y CUETO RAPADO, Marian (2015). «La cueva de El Pindal (Pimiango, Ribadedeva, Asturias): revisión de los materiales de la excavación de F. Jordá Cerdá». *Nailos: Estudios Interdisciplinarios de Arqueología*, 2.
- AURA TORTOSA, Joan Emili y JORDÁ PARDO, Jesús Francisco (2012). «Solutrenses del sur de Iberia en transición». *Espacio, tiempo y forma. Serie I, Prehistoria y arqueología*, 5 (Ejemplar dedicado a: «De punta a punta. El Solutrense en los albores del siglo XXI»): 149-170.
- BARANDIARÁN AYERBE, José Miguel (1963). «Exploración de la cueva de Lezetxiki en Mondragón (campana de 1962)». *Munibe*, 15: 87-102.
- BARANDIARÁN AYERBE, José Miguel y ALTUNA, Jesús (1966). «Excavación de la cueva de Lezetxiki (campana de 1965)». *Munibe*, 18, 5-12.
- BIBERSON, Paul (1964). «Torralba et Ambrona. Notes sur deux stations acheuléennes de chasseurs d'éléphants de la Vieille Castille». En: *Homenaje a*

- Henri Breuil, vol I. Barcelona: Diputación de Barcelona, 201-248.
- BELTRÁN MARTÍNEZ, Antonio (1955). «Congresos y actividades científicas. El IV Congreso de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas». *Caesaraugusta*, 6: 267-284.
- BERENGUER ALONSO, Magín (1969). «La Pintura prehistórica de la caverna de «Tito Bustillo» en Ardines (Ribadesella)». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 164(1): 137-152.
- BERNALDO DE QUIRÓS, Federico (1982). *Los inicios del Paleolítico Superior Cantábrico*. Santander: Ministerio de Cultura (Monografías del Museo y Centro de Investigación de Altamira; 8).
- BERNALDO DE QUIRÓS, Federico y MAÍLLO FERNÁNDEZ, José Manuel (2009). «The transitional Aurignacian and the Middle-Upper Palaeolithic transition model in Cantabrian Iberia». En: CAMPS, Marta y CHAUHAN, Parth R. (eds.), *A sourcebook of Palaeolithic transitions: methods, theories and interpretations*. New York: Springer, 341-359.
- BREUIL, Henri (1912). «Les subdivisions du Paléolithique supérieur et leur signification». En: *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques*. Genève.
- BREUIL, Henri y OBERMAIER, Hugo (1912). «Les premiers travaux de l'Institut de Paléontologie Humaine». *L'Anthropologie*, 23: 11 y siguientes.
- CABRERA VALDÉS, Victoria (1983). «Notas sobre el Musteriense cantábrico: el «Vasconiense»». En: *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch*, Vol. 1. Madrid: Ministerio de Cultura, 131-141.
- CARBALLO, Jesús (1924). *Prehistoria universal y especial de España*. Santander: Imp. De Vda. del de Horno.
- CLARK, Geoffrey A. (2013). «Leslie Gordon Freeman Jr. (1935-2012)». *American Anthropologist*, 115(4): 714-717.
- CERRALBO, Marqués de (1912). «Torralba, la plus ancienne station humaine de l'Europe». En: *Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie préhistoriques. Compte Rendu XIV sesión*. Genève, 277-290.
- CORCHÓN, María Soledad (1981). *Cueva de Las Caldas. San Juan de Priorio (Oviedo)*. Madrid: Ministerio de Cultura (Excavaciones Arqueológicas en España; 115).
- DÍAZ GARCÍA, Fructuoso (en prensa). «El prehistoriador que no se achicó: Francisco Jordá Cerdá 1914-2004». En: ÁLVAREZ-ALONSO, David (ed.), *Los grupos cazadores-recolectores paleolíticos del occidente cantábrico*. Gijón: UNED-Asturias.
- DÍAZ GARCÍA, Fructuoso y FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA PÉREZ, José Antonio (en prensa). «Las etapas de la investigación paleolítica en Asturias». En: ÁLVAREZ-ALONSO, David (ed.), *Los grupos cazadores-recolectores paleolíticos del occidente cantábrico*. Gijón: UNED-Asturias.
- DÍAZ-ANDREU, Margarita (2002). «Gordon Childe y la Arqueología en España y Portugal». En: DÍAZ-ANDREU, Margarita (2002): *Historia de la Arqueología. Estudios*. Madrid: Ediciones Clásicas, 71-88.
- DÍAZ-ANDREU, Margarita (2008). «Las relaciones entre la arqueología española y británica (1920s-1970s)». En: MORA, Gloria; PAPÍ RODES, Concha y AYARZAGÜENA, Mariano (eds.): *Documentos inéditos para la Historia de la Arqueología*. Madrid: Sociedad Española de Historia de la Arqueología, 117-127. (Memorias de la Sociedad Española de Historia de la Arqueología; 1).
- FERNÁNDEZ RAPADO y MALLO VIESCA, Manuel (1965). «Primera cata sondeo en Cueva Oscura». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 54: 65-72.
- FERNÁNDEZ TRESGUERRES, Juan Antonio (1980). *El Aziliense en las provincias de Asturias y Santander*. Santander:

- Ministerio de Cultura (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira; 2).
- FREEMAN, Leslie Gordon (1964). *Mousterian Developments in Cantabrian Spain*. Chicago: Department of Anthropology, University of Chicago. Tesis Doctoral. Inédita.
- FORTEA, Javier (1981): «Investigaciones en la cuenca media del Nalón, Asturias (España). Noticias y primeros resultados». *Zephyrus*, 32-33: 5-16.
- FORTEA, Javier (1990): «Abrigo de la Viña. Informe de las campañas 1980-1986». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-1986*. Oviedo: Principado de Asturias, 55-68.
- FORTEA, Javier y JORDÁ CERDÁ, Francisco (1976). «La cueva de Les Mallaetes y los problemas del Paleolítico superior del mediterráneo español». *Zephyrus*, 26-27: 129-166.
- FORTEA, Javier; RASILLA, Marco de la y RODRÍGUEZ OTERO, Vicente (1991). «La cueva de Llonín (Llonín, Peñamellera Alta). Campañas de 1987 a 1990». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1987-90*. Oviedo: Consejería de Cultura, Principado de Asturias, 9-18.
- FORTEA, Javier; RASILLA, Marco de la y RODRÍGUEZ OTERO, Vicente (1995): «La cueva de Llonín (Llonín, Peñamellera Alta). Campañas de 1991 a 1994». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1991-1994*. Oviedo: Consejería de Cultura, Principado de Asturias, 33-43.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, Joaquín (1956). «El Paleolítico Inferior en los alrededores de Altamira». *Altamira*, 3: 349-369.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, Joaquín (1960): «El Magdaleniense III en la Costa Cantábrica». *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 26: 1-32.
- GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ VALLES, José Manuel (1960). «Gran hacha acheloide hallada en San Damías». *Boletín Comisión Provincial de Monumentos*, 2: 199-204.
- GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ VALLES, José Manuel (1962). «Una notable pieza paleolítica procedente de Llagú». *Valdediós*: 33-39.
- GONZÁLEZ Y FERNÁNDEZ VALLES, José Manuel (1968). «El Paleolítico Inferior y Medio en Asturias. Nuevos hallazgos». *Archivum*, 28: 1-36.
- GÓMEZ FUENTES, Alejandro y BÉCARES, Julián (1979). «Un hueso grabado de la cueva de El Cierro (Ribadesella, Asturias)». En: *XV Congreso Nacional de Arqueología. Lugo 1977*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 83-94.
- GRACIA ALONSO, Francisco (2009). *La arqueología durante el primer franquismo (1939-1956)*. Barcelona: Ed. Bellaterra
- HERNÁNDEZ PACHECO, Eduardo (1919). *La caverna de la Peña de Candamo (Asturias)*. Madrid: Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (Memoria; 24).
- HERNÁNDEZ-PACHECO, Francisco; LLOPIS LLADÓ, Noel; MARTÍNEZ, J. A. y JORDÁ CERDÁ, Francisco (1957). *Guía de la Excursión nº 2. El Cuaternario de la Región Cantábrica*. Oviedo: V Congreso Internacional del I.N.Q.U.A.
- HOWELL, Francis Clark; BUTZER, Karl W. y AGUIRRE, Emiliano (1962). *Noticia preliminar sobre el emplazamiento achelense de Torralba*. Madrid: Ministerio de Cultura (Excavaciones Arqueológicas en España; 10).
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1952). «Sobre unos huesos grabados magdalenienses». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 17: 370-377.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1953). «La cueva de Tres Calabres y el Solutrense en Asturias». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 18: 46-58.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco. (1954). «La cueva de Bricia (Asturias)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 22: 169-179.

- JORDÁ CERDÁ, Francisco. (1955a): «Notas sobre el Musteriense en Asturias». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 25: 209-230.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco. (1955b): *El Solutrense en España y sus problemas*. Oviedo: Diputación Provincial de Asturias, Servicio de Investigaciones Arqueológicas.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco. (1956): «Notas sobre la cueva de «El Cueto» de Lledías (Asturias)». En: *Actas de la IV sesión [de los] Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas: [Celebrado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, del 21 al 27 de abril de 1954]*. Zaragoza: [s.n.], 405-408.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1957a). «Observaciones a la cronología del Museteriense español». *Speleon*, 1-2-3-4: 155-164.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1957b). «Guijarro pintado de tipo aziliense de la cueva del Pindal». *Zephyrus*, 8(2): 269-274.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1958): *Avance al estudio de la cueva de La Lloseta (Ardines, Ribadesella, Asturias)*. Oviedo: Diputación Provincial de Asturias, Servicio de Investigaciones Arqueológicas (Memorias del Servicio de Investigaciones Arqueológicas; 3).
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1960a). «El complejo cultural solutrense-magdalenense en la región cantábrica». En: *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica, septiembre 1959*. Pamplona: Diputación foral de Navarra, Institución «Príncipe de Viana», 1-20.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1960b). *Guía de la Cueva de la Peña de Candamo*. Texto de Francisco Jordá Cerdá; dibujos de E. Hernández-Pacheco; fotografías del Archivo del S.I.A. Oviedo: Diputación Provincial de Asturias, Servicio de Investigaciones Arqueológicas.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1962). «Actividades arqueológicas en el distrito universitario de Oviedo». *Noticiero Arqueológico Hispánico*, 6(1-3): 368.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco. (1963). «El Paleolítico Superior cantábrico y sus industrias». *Saitabi*, 13: 3-22.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1967). «La España de los tiempos paleolíticos». En: GÓMEZ TABANERA, J. M (ed.), *Las Raíces de España*. Madrid: Instituto Español de Antropología Aplicada, 1-26.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1969). «Los comienzos del Paleolítico Superior en Asturias». En: *Simposio Internacional conmemorativo del Centenario del descubrimiento del primer hombre de Cro-Magnon: [16 y 22 de febrero de 1969 en las Islas Canarias (Gran Canaria, Tenerife y La Palma)]*. Islas Canarias: Museo Canario; Museo Arqueológico, 280-321.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco et al. (1970). «Homenaje al Prof. Dr. D. Luis Pericot García». En: *XI Congreso Nacional de Arqueología: Mérida, 1968*. Zaragoza: Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales, 28-78.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1976). *Guía de las cuevas prehistóricas asturianas*. Salinas (Asturias): Ayalga. (Colección popular asturiana; 11).
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1978): *Prehistoria*. Salinas (Asturias): Ayalga (Historia de Asturias; 1).
- JORDÁ CERDÁ, Francisco (1980). «Luis Pericot García (1899-1978)». *Zephyrus*, 30-31: 277-278.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco y BERENGUER ALONSO, Magín (1954). «La Cueva de El Pindal (Asturias): nuevas aportaciones». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 23: 337-364.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco; GÓMEZ FUENTES, Alejandro; HOYOS GÓMEZ, Manuel; SOTO, Enrique; REY, José M. y SANCHIZ, Francisco de Borja (1982). *Cova Rosa-A*. Salamanca: Departamento

- de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Salamanca.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco; MALLO VIESCA, Manuel y PÉREZ PÉREZ, Manuel (1970). «Les grottes du Pozo del Ramu et de La Lloseta (Asturies, Espagne) et ses représentations rupestres paléolithiques». *Préhistoire, art et sociétés: Bulletin de la Société préhistorique de l'Ariège*, 25: 95-139.
- JORDÁ CERDÁ, Francisco y MALLO VIESCA, Manuel (2014). «La cueva de Les Pedroses (El Carmen, Ribadesella, Asturias)». *Nailos: Estudios Interdisciplinarios de Arqueología*, 1: 131-162.
- JORDÁ PARDO, Jesús Francisco (2006-2007). «Francisco Jordá Cerdá (1914-2004)». *Portugalia, Nova Série*, 27-28: 159-162.
- JORDÁ PARDO, Jesús Francisco (2014). «La cueva de Les Pedroses (El Carmen, Ribadesella, Asturias). Recuperación de unos manuscritos inéditos». *Nailos: Estudios Interdisciplinarios de Arqueología*, 1: 121-130.
- LLOPIS LLADÓ, Noel y JORDÁ CERDÁ, Francisco (1957). *Mapa del Cuaternario de Asturias*. Oviedo: V Congreso Internacional del I.N.Q.U.A.
- MALLO VIESCA, Manuel y PÉREZ PÉREZ, Manuel (1968/69). «Primeras notas al estudio de la cueva «El Ramu» y su comunicación con «La Lloseta»». *Zephyrus*, 19-20: 7-26.
- MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, Víctor (2001). «La idea de África en el origen de la Prehistoria española: una perspectiva postcolonial». *Complutum*, 12: 167-184.
- MÁRQUEZ URÍA, María del Carmen (1974). «Trabajos de campo realizados por el Conde de la Vega del Sella». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 83: 811-835.
- MOURE ROMANILLO, José Alfonso (1974). *El Magdaleniense superior y Aziliense de la Región Cantábrica española*. Madrid: Universidad Complutense.
- OBERMAIER, Hugo [1925] (1985). *El Hombre fósil*. Madrid: Istmo, Facsímil de la segunda edición.
- OTTE, Marcel y NOIRET, P. (2002). «Origine du Solutréen: le rôle de l'Espagne». *Zephyrus*, 55: 77-83
- PÉREZ DE BARRADAS, José (1934). «El Acheulense del valle del Manzanares (Madrid)». *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, 1: 337-354.
- PERICOT GARCÍA, Luis (1942). *La cueva de Parpalló (Gandía)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Diego Velázquez.
- RASILLA VIVES, Marco de la (1990). «Cueto de la Mina. Campañas 1981-1986». En: *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1983-1986*. Oviedo: Principado de Asturias, 79-86.
- RASILLA VIVES, Marco de la (1994). «El Solutrense en la Cornisa Cantábrica». *Férvedes* 1: 69-87.
- RASILLA VIVES, Marco de la y SANTAMARÍA, David (2006). «El Gravetiense del abrigo de Cueto de la Mina (Posada de Llanes, Asturias)». En: MÁLLO, José Manuel y BAQUEDANO, Enrique (eds.), *Miscelánea en homenaje a Victoria Cabrera, Vol. I*. Madrid: Museo Arqueológico Regional, 422-439. (Zona Arqueológica; 7).
- RODRÍGUEZ ASENSIO, José Adolfo (1978). «Nota preliminar sobre las excavaciones del yacimiento de Bañugues (Gozón, Asturias)». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 93-94: 357-368.
- RODRÍGUEZ ASENSIO, José Adolfo (1980). «Bañugues (Gozón, Asturias). Yacimiento del Paleolítico Inferior». *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 9: 11-31.
- RODRÍGUEZ ASENSIO, José Adolfo (1983). *La presencia humana más antigua en Asturias*. Oviedo: Principado de Asturias, Consejería de Educación y Cultura (Estudios de Arqueología Asturiana; 2).

- SMITH, P.E.L. (1966). *Le Solutréen en France*. Bordeaux: Imprimeries Delmas.
- SONNEVILLE-BORDES, Denisse (1962). «Le Paléolithique supérieur en Espagne cantabrique». *L'Anthropologie*, 66(5-6): 634-639.
- STRAUS, Lawrence Guy (1979). «Notas teóricas sobre el Solutrense de Asturias». *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos*, 96-97: 473-484.
- STRAUS, Lawrence Guy (1983). *El Solutrense Vasco-Cantábrico: Una Nueva Perspectiva*. Madrid: Ministerio de Cultura (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira; 10).
- STRAUS, Lawrence Guy (2012). «El Solutrense: 40 años de reflexiones por un arqueólogo norteamericano». *Espacio, tiempo y forma. Serie I, Prehistoria y Arqueología*, nº 5 (Ejemplar dedicado a: «De punta a punta. El Solutrense en los albores del siglo XXI»):5: 27-36.
- STRAUS, Lawrence Guy y CLARK, Geoffrey A. (1986). *La Riera Cave. Stone Age hunter-gatherer adaptations in Northern Spain*. Tempe: Arizona State University (Anthropological Research Papers; 36).
- UTRILLA, Pilar (1981). *El Magdaleniense Inferior y Medio en la Costa Cantábrica*. Madrid: Ministerio de Cultura (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira; 4).
- VEGA DEL SELLA, Ricardo Duque de Estrada y Martínez de Morentín, Conde de La (1923). *El Asturiense: nueva industria preneolítica*. Madrid: Museo Nacional de Ciencias Naturales, Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. (Memoria; 32).
- WERNERT, Paul y PÉREZ DE BARRADAS, José (1925). «El yacimiento paleolítico de San Isidro. Estudio bibliográfico-crítico». *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, 5: 31-68.
- VV. AA. (1956). *Libro homenaje al Conde de la Vega del Sella*. Oviedo: Diputación Provincial de Asturias, Servicio de Investigaciones Arqueológicas (Memorias del Servicio de Investigaciones Arqueológicas; 1).